

HCR
056
R454-rc

Departado 1259

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción semanal

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 21 de Febrero de 1943

No. 543

Ing. Don Ricardo Güell Yglesias



Recorrió el camino de la vida dejando en el corazón de todos los que le conocieron el grato recuerdo de su bondad, caballerosidad y de su gran carácter; para él todo se cifraba en el cumplimiento del deber, Hijo modelo, amigo sincero, dichoso él, que supo pasar el camino sin dear amarguras en el corazón de nadie, y dichosos sus bondadosos padres que formaron ese hijo modelo que los bendecirá des-

de el cielo. Descansó en la Paz del Señor confortado con los Santos Sacramentos el 21 de diciembre de 1942.

Para sus virtuosos padres don Ricardo Güell Gutiérrez y doña Julia Yglesias de Güell, hermanos y demás apreciables miembros de la familia doliente enviamos nuestro más sentido pésame. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Ricardo.

Especial para los Padres de Familia:

¿Qué dice la Ciencia a propósito de la Castidad?

Nota de la Redacción:

Por considerarlo de suma importancia para los padres de familia reproducimos las siguientes opiniones de eminentes científicos de todo el mundo, sobre la posibilidad o conveniencia de la castidad, publicadas en VERBUM, de Guatemala.

Desgraciadamente los padres de familia están poco ilustrados en materia tan importante y cuando consultan es a científicos liberales para quienes este asunto es puramente animal y en lo que menos piensan es en la parte espiritual.

Que los padres de familia lean y releen esas opiniones, y se convencerán de que la pureza es lo que eleva y enaltece al hombre porque se revela en la persona el dominio de la materia elevándolo espiritualmente.

¿Qué dice la Ciencia de la posibilidad o conveniencia de la Castidad?

Dejemos hablar a eminentes científicos de todo el mundo.

J. Nicolayson, E. Winge, Yock-Mann, J. Heiberg, J. Ijort, T. Mann, Muller y E. Schonber: (Catedráticos de Medicina de la Universidad de Cristianía).

"La Facultad de Medicina de la Universidad de Cristianía tiene el honor de hacer la declaración siguiente: la aserción hecha recientemente por diferentes personas y repetida en los periódicos y en reuniones públicas, que una vida moral y una continencia perfecta son malas para la salud, es cosa completamente falsa, según nuestra experiencia, que está expresada unánimemente así: Nosotros no conocemos ningún caso de enfermedad, ni de ninguna suerte de debilidad, que podamos atribuir a una conducta perfectamente pura y moral".

Documento presentado a todos los médicos especialistas y de los hospitales y escuelas de medicina de New York y aprobado por unanimidad:

"Constando lo extendido de las enfermedades... los resultados de una deplorable herencia y del mal moral, inseparable de una vida impura, nosotros suscribimos, médicos de New York y de sus alrededores, y nos unimos para declarar que la castidad — una vida pura para los dos sexos — es conforme a las mejores condiciones de la salud física, moral y mental".

Conferencia Internacional de Profilaxis Sanitaria y Moral de Bruselas:

"Es menester, ante todo, enseñar a la juventud masculina que, no solamente la castidad y la continencia no son dañosas, sino que son las más recomendables bajo el punto de vista puramente medical e higiénico".

(Votado por unanimidad de los 260 miembros; cit. Laburu).

La Academia de Medicina de París: (Ses. del 22 de marzo, 1917).

"Insistía en la necesidad de hacer saber a los jóvenes que la castidad no solamente es posible, sino recomendable y beneficiosa para la salud".

Dr. Marañón: (autor español bien conocido en el mundo médico americano).

"Tengo la convicción absoluta de que toda demora en la actividad sexual es una reserva inapreciable para la cantidad y la pureza de la sexualidad futura".

(ibid p. 149).

"Si yo hablara desde un púlpito diría que la virtud suprema del hombre que está edificando su propia personalidad es la castidad".

(Amor, conveniencia, eugenesia, p. 117).

"Insistimos en el hecho paradójico de que, en general, la austeridad, virtud de continencia, es la virtud que supone precisamente un mayor ímpetu, una mayor fortaleza; de la misma suerte que casi todos los vicios y desafueros de la conducta, aparentemente resultado de una vitalidad desbordada, indican, en realidad, un caudal mezquino de energía. Y esto es especialmente aplicable al amor. El va-

CR rón o la mujer austeros en su vida sexual, son los que poseen el mayor tesoro de sexualidad específica".

(*Tres ensayos sobre la vida sexual*, p. 203-204).

"El médico debe, debe advertir a los cónyuges el peligro de la descendencia enferma o débil... Maliciosamente se quiere confundir esta actitud con la de los expendedores de aparatos anticoncepcionales o la de los especialistas en la práctica del aborto. Pero nada puede la malicia ante la verdad. El médico no debe, no puede aconsejar "los moács" de evitar el embarazo, sino limitarse sencillamente, a señalar la no conveniencia de éste para la vida de la madre y del hijo y para los intereses de la especie. Y el consejo es compatible con la más pura ortodoxia, porque puede cumplirse, y del modo más seguro por cierto no con instrumentos ni maniobras, sino con una virtud excelsa que es la castidad".

(*Vocación y ética*, p. 167).

De *Aléxis Carrel*: "Es bien sabido que los excesos sexuales estorban la actividad intelectual". "Los fuertes se vuelven más fuertes practicando la castidad". "La incógnita del hombre".

Dr. *Paul Nysseus*: "La naturaleza ha dotado al hombre de la facultad de ejercer sus funciones sexuales o de dejarlas inactivas durante períodos de duración indefinida sin que en este último caso se quebrante su salud".

"Es indudable que la abstención de las funciones sexuales, en todos los casos en que su actividad no se halla absolutamente justificada, procura a los individuos un acrecentamiento de su vigor, resultado de la economía de fuerza vital que ello supone, ya que la energía consumida en una dirección no está disponible para ser utilizada en otras".

(Citado por el Dr. *J. Bermúdez*, en "Ogi-noísmo", p. 148).

Dr. *Bleuler*: (Judio, predecesor de Freud y maestro suyo).

"Quien está inclinado a considerar la castidad como algo comprensible, sufre poco o nada".

(*Psiquiatría*, Madrid, 1924).

Dr. *Baele*: (Catedrático del Colegio Royal de Londres).

"La abstinencia y la más absoluta pureza son perfectamente compatibles con las leyes fisiológicas y morales".

(Citado por *Laburu*, de la Academia de Medicina).

Debov-E: (Secretario perpetuo de la Academia de Medicina de París).

"El único medio de evitar ciertas enfermedades antes del matrimonio, es la castidad: solución, la de la castidad, que "no hace reír sino a los imbéciles".

(*Medicine internationale illustrée*, Juin, 1921).

Dr. *Forster*: (Famoso pedagogo holandés y profesor de la Universidad de Munich).

"Sus teorías (las de aquellas médicos que defienden la imposibilidad) no proceden sino de animales o de débiles que acuden a sus consultas, y a quienes conceden una interpretación etiológica de una manera del todo arbitraria y materialista".

(*Morale sexuelle et Pédagogie sexuelle* 1930).

Dr. *Dubois*: (Catedrático de Neuropatología de la Facultad de Medicina de Berna, Suiza).

"Hay más neurasténicos entre los que dan libre curso a su sensualidad, que entre los que saben, por motivos altruistas y morales y todo el tiempo que dichos motivos existan, escapar al yugo de la animalidad".

(*Las Psiconeurosis y su tratamiento*).

Dr. *Sir James Paget*: "La castidad no hace más daño al cuerpo que al alma. Su disciplina es preferible a todas las demás... Entre los muchos neurasténicos e hipocondríacos que han venido a consultarme a propósito de sus tratos inmorales, no he oído a uno solo decir que con ellos se encuentre mejor o más feliz".

Dr. *Burbed*: "Los males de la incontinencia son conocidos e innegables: los que podrían ser originados por la continencia no son sino imaginarios y supuestos. Basta una prueba: mucho se ha publicado sobre los primeros, en cambio los otros esperan aún su historiador. No hay a este propósito sino vagas afirmaciones que se dejan escapar vergonzosamente".

te en las conversaciones, pero que serían incapaces de soportar la luz del día".

Dr. General Wilmaers: "Es de capital importancia que todo el mundo sepa que la continencia es compatible con la mejor salud"

Dr. Dubreuilh: (Catedrático de Dermatología en Burdeos). "Aseguro que la continencia absoluta y prolongada no ofrece para el joven ningún inconveniente serio; que es posible y más frecuente que lo que muchos se imaginan".

Dr. Xavier Francotti: (Profesor de Ginecología en la Universidad de Lieja).

"Las relaciones extraconyugales completamente reprobables bajo el aspecto moral, no son en manera alguna recomendables bajo el aspecto terapéutico".

Dr. Fournier: "Se ha hablado de manera indebida y a la ligera, de los peligros de la continencia para el joven. He de confesar que si ellos existen, nunca los he conocido, y que a mí, médico, me quedan por descubrir, siendo así que no me han faltado sujetos de observación".

Dr. Good: "Reto a todos a que me traigan de la historia de la medicina, en todos los pueblos, ni una sola enfermedad, una siquiera, cuya causa pueda asignarse a la abstinencia. Recorred todas las bibliotecas, los doctores más eminentes de las Universidades, ya de Europa, ya de fuera de ella, y si me podéis traer un documento suscrito por una autoridad eminente, uno que merezca la pena y que goce de autoridad entre los médicos y que afirme con pruebas, que la continencia es causa alguna vez de enfermedades; estoy dispuesto a quemar estas páginas y condenarme al silencio perpetuo".

(Citado por Gmelli, Rector de la Universidad Católica de Milán).

Dr. Craft-Ebing: "La máxima parte de los hombres constituidos normalmente pueden refrenar sus pasiones sin que padezca su salud lo más mínimo por la continencia".

Dr. Francotte: "La tesis de la imposibilidad y nocuidad de la continencia no tiene derecho a pasar como verdad científica y filosóficamente establecida".

NO OLVIDE ESTO:

Le suplicamos conseguirmos nuevos suscritores; el precio del aumento de la impresión ha sido demasiado y si no aumentan los suscritores no podremos seguir publicando REVISTA COSTARRICENSE.

Interésese por la buena prensa. No olvide que lo recomienda el Santo Padre. Es lo más importante en los actuales momentos. Difundir la religión. Defender la moral. Propagar las buenas ideas. Combatir el mal. Todo esto y más hace REVISTA COSTARRICENSE.

Dr. Passy. (De l'Institut). "Es una tesis de bestialidad pura... y va precisamente contra lo que sería la mejora de la raza humana".

Dr. Herzen. (De la Facultad de Medicina de Laussane). "Se dice que la salud reclama la satisfacción de la pasión; yo no dudo en declarar que esto es falso... La continencia es posible".

Dr. Napheys: "Condenamos enérgicamente como doctrina de las más perniciosas, calculada para servir al mal y encubrir el vicio, la teoría que quiere que del celibato castamente conservado se sigan perjuicios. Ninguna condición de vida está más de acuerdo con el vigor físico y mental que la continencia absoluta".

(Citado por Tihamer Toth E., Catedrático de la Universidad de Budapest).

Dr. Forel: (Autor bien conocido entre los médicos y no católico). "La continencia sexual no es manera alguna impracticable para un joven normal de constitución media, siempre que se abstenga de toda excitación artificial, principalmente de las sustancias narcóticas y en particular del alcohol, porque estos venenos paralizan la reflexión y la voluntad.

(Citado por el Dr. J. Bermúdez, en "Ogi-noísmo", p. 149).

La Imaginación

Era yo muy joven, casi una niña, cuando un santo, que aún vive en la tierra, cuando me veía apurada y afligida solía repetirme estas dos frases que, grabándose en mi memoria como la imagen en la plancha fotográfica, han sido mi auxilio en el dolor, mi salvaguardia **contra mí misma**.

He aquí las dos frases: Modicoe fidei... Cuidado con la imaginación que es el peor de los enemigos de la mujer.

Han pasado muchos años desde que aquella voz resonaba en mi oído, y aún me dura la impresión; y como digo antes, me ha servido mil veces para **sufrir menos**, para **obrar mejor**...

Modicae fidei! ¡Qué hermoso es aquel Evangelio! Los atemorizados discípulos **dudaron**, y **por eso temieron**...

GUARDA LA IMAGINACION. ¡Si tú supieses, hija mía, cuántos males, cuántos daños, cuántos pesares nos ocasiona!

Es preciso ponerle freno y tenerlo siempre en la mano, sin perderla de vista ni un instante, porque de otra manera estaremos a merced de ella, sin defensa, y seremos heridas casi sin comprender por donde nos viene el tiro; más aún, haremos mucho daño de color de bien, y la caridad saldrá maltratada de nuestras palabras y de nuestras acciones..

Una mujer que no pone trabas a su imaginación oirá una palabra, sorprenderá una mirada; ambos son perfectamente inocentes, pero pueden tener dos aspectos: al punto las juzgará por el peor, engañadas por su imaginación, que **ha visto lo que no hay**; y sobre la base verdadera de aquello que ha visto u oído, fabricará al punto todos los capítulos de una novela, talvez de un drama.

¿Cesa aquí el mal? Al contrario, hija del alma; aquí comienza. Porque como no suele ser el silencio virtud muy familiar a nuestro sexo (hay que confesarlo aunque duela), el prurito de hablar, el afán de contar cosas nuevas, el deseo de representar papeles más o menos brillantes, hacen que la mujer, aguijoneada por la imaginación, diga mil inconveniencias, cometa gravísimas faltas de caridad, dé por hecho lo que ha creído ver, y que sólo existía en su equivocado juicio de los hombres y de las cosas. Llegan

esas personas a defender sus sofismas y mentiras como si fuesen verdades; pienso que la creen ellas mismas, a la manera que el célebre Don Quijote creía que eran princesas las zafias lugareñas, y poderosos escuadrones los pacíficos rebaños y molinos de viento.

A esas imaginaciones calenturientas y desequilibradas, que alimentadas por el amor propio suelen verlo todo por el lado peor, y obrar en consecuencia, acarreando graves disgustos al prójimo y aumentando el pesado fardo de los pecados propios, no les digan que se equivocan. Están ciertas; lo vieron con sus propios ojos; lo oyeron, no se lo contaron, lo que dicen es el Evangelio... ¡y se quedan tranquilas! ¡y hasta se juzgan víctimas!

Hay personas que engañadas por su imaginación, cuya devoradora actividad halla en todo pasto, no comprenden que sus imperfecciones, sus defectos, sus aflicciones, sus desengaños mismos son obra de ellas. Veletas que se mueven a todo viento, hoy proceden contra lo que ayer amaban; se cansan de todo; no tienen punto de apoyo; forman juicios erróneos; alimentan susceptibilidades mezquinas; viven fuera de la realidad; se quejan de todo y de todos.

Esas mismas almas dignas de lástima, dando vueltas en su imaginación a contrariedades mayores o menores que son obra suya, las exageran, las recargan de colores sombríos, las ven muy distintas de lo que son, y adquieren la costumbre de lamentarse, de quejarse de su mala suerte, de creerse muy desgraciadas, y de considerar la vida como pesada carga.

¿Sabes lo que les falta a esas almas para salir de su error, abrir los ojos a la verdad y conocer que sus males, sus penas y sus trabajos son todos imaginarios? Que Dios les envíe una gran prueba: la pérdida de la fortuna; la calumnia que deshonra; la injusticia que oprime; la muerte que nos priva de seres muy queridos.

Ante el golpe de estos dolores que abren grande herida en el corazón, el alma tiene que reconocer necesariamente la injusticia de sus antiguas quejas y lamentaciones, la pequeñez de aquellas cosas que le parecían tan grandes, que ella misma se había fabricado dando pábulo a

las locas alucinaciones de la imaginación, que no pára nunca, y que, según el carácter de quien la alimenta en vez de refrenarla, hace soñar con grandezas que pueden llevar a la locura, o engendran pesimismo y desencantos que conduzcan a la desesperación o por lo menos a una vida siempre llena de inútiles quejas que cansan, hacen reír o indignan a quien las oye.

Un gran médico ha dicho: "El alma se hace su cuerpo". Una eminente pensadora cristiana añadió: "Y el alma se hace sus dolores". Medita bien esta frase, porque encierra mucha verdad, y sirve para sacudir el yugo de la imaginación.

Me gustan las pláticas, las conferencias, las lecturas prácticas, sencillas, al alcance de todas las inteligencias. Por eso quieren mis pobres gotas de rocío, filtrándose lentamente, llegar sin esfuerzo, con suavidad, dirigidas por la mano de Dios, hasta lo más íntimo de tu corazón, a fin de que procures ser **mujer fuerte**, ajena a las mil pequeñeces que suelen ser patrimonio de nuestro sexo. ¡Ojalá que ellas te den consuelos, fortaleza, luz y resignación!

He dicho que debes sujetar la loca de casa, según afortunada frase de Santa Teresa, y te lo repito con empeño. Cuando sufras contrariedades inesperadas, dispuestos, decepciones, desengaños, verdaderos pesares, no los mires mucho... desvía de ellos tu atención hasta donde puedas; calla, calla sobre todo; corre al pie de la cruz, siquiera sea en espíritu; lleva esos dardos que te hieren hasta el Sagrario, y permanece silenciosa y tranquila.

SILENCIOSA, porque las quejas dan pobre idea del alma cristiana, la empequeñecen, suelen

ser incentivo del amor propio, y siempre exageran los motivos o imaginaciones en que se fundan.

TRANQUILA, porque si eres verdaderamente piadosa pensarás que Dios permite aquella pena, aquella contrariedad, aquella humillación, aquel dolor, porque conviene a tu espíritu, y darás ejemplo de fortaleza callando, manteniendo la serenidad de tu alma, dejada toda en manos de su Criador. Ese abatimiento, esas quejas, esas lamentaciones, son hijos del amor propio, que hace de ellas una costumbre, un ropaje que viste, según la moderna fraseología; que hace aparecer víctima y atrae el respeto, la admiración, el aplauso de los hombres... hasta que las conocen... luego las consideran como son, ¡muy pequeñas!

Porque, no lo dudes, las gentes miran y analizan con el escabelo de la duda, y con los ojos de la caridad; y aunque cegadas por el amor propio, esas pobres almas creen que engañan a todo el mundo; en realidad las engañadas son ellas.

Apresúrate, hija mía, a dominar esos defectillos, esas debilidades; sujeta con mano firme la imaginación, y evitarás muchas caídas, muchos disgustos, grandísimos desengaños.

"Los Angeles, dice San Gregorio el Grande, llevan a todas partes con ellos su paraíso, en víelos Dios a donde los envíe, porque no dejan nunca de estarle unidos". ¡He aquí el secreto de la paz del corazón!

Dejo estas hermosas palabras para asunto de tus cristianas reflexiones: ellas te alejarán de las estériles lamentaciones, que siempre entrañan falta de resignación, que siempre indican exage-

Betina de Holst Hijos

Constantemente tiene un gran surtido de lanas en inmensa variedad de clases y colores. Gran variedad de labores de mano y sus materiales. Gran variedad de manteles bordados y estampados en colores. Carteras en todos colores.

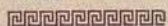
Cintas de Gró, Raso y Tafetán, en todos colores y anchos.

rado y ventajoso juicio de nosotros mismos: no hables de tus penas, de tus contrariedades, de tus amarguras sino con DIOS que las conoce todas: cuanto más se hable de ellas más crecen... son la bola de nieve.

Dios mío, escribo este libro bajo vuestra mirada paternal, para las hijas cuya educación me habéis confiado; poned eficacia en mis palabras, y Vos, que leéis en el corazón, bendecidnos a ellas y a mí, para que no demos oídos a las locuras de la imaginación, acatemos sumisas nuestros designios; y esperemos con la lámpara encendida, cual las vírgenes prudentes, el trán-

sito feliz de este pobre mundo a vuestro eterno reino. Dejadme repetir con Bourdaloue: "Yo no sé. ¡Oh Dios mío! si estáis contento de mí, y reconozco que tenéis muchas razones para no estarlo; pero por mi parte ¡Oh Dios mío! debo confesar a vuestra gloria que estoy contenta, perfectamente contenta de Vos. Poco os importa que lo esté o no; pero, después de todo es éste el más glorioso homenaje que puedo hacerlos, porque decir que estoy contenta de Vos es decir que sois mi Dios, ya que solamente un Dios puede contentarme".

Raquel



Orientaciones

(De "Unión" Méjico).

¡Seamos buenos!

Nunca como ahora, los tiempos nos presentan la oportunidad de practicar el bien, en todas sus diversas formas; ya que el dolor, la enfermedad, la inquietud y todos los males imaginables, se han apoderado de la humanidad, para hacerla expiar o merecer según los designios de Dios.

A donde quiera que volvamos la vista encontraremos una miseria que remediar, un corazón que consolar, una desdicha que mejorar o una lágrima que enjugar; son los tiempos de despertar con la fe y la generosidad, todos los sentimientos vivos de nuestro corazón, todas las delicadezas de nuestra alma.

Y sin embargo, muy triste es decirlo, pero las diversiones, el lujo, la vanidad y las mil exigencias sociales, absorben más la atención de muchísimas personas, que por su categoría, sus bienes de fortuna o sus influencias, podrían y deberían pensar en acercarse misericordiosamente a todos aquellos que sufren.

Se pierde el tiempo lastimosamente, se gasta sin medida, se echan a perder valiosísimas oportunidades, que se podrían aprovechar para beneficiar a nuestros semejantes; se derrochan miserablemente cantidades de dinero, que sólo sirven para fomentar la vanidad y el orgullo.

Han aumentado los precios en diversiones, salones de belleza, prendas de vestir, hasta ne-

cesitamos una verdadera fortuna para pasear y aparecer elegantes; en cambio día a día, vemos decrecer los ingresos de las Obras de Caridad, de las asociaciones piadosas y de las Revistas Católicas; escuchamos en una resignada forma de expresarlo: "están los tiempos tan malos... no se puede pedir más por ahora... etc., etc." Pero se pagan dinales por un zorro plateado, por una capa de pieles, por una noche de diversión, etc. etc...

Malos están los tiempos ciertamente y nadie lo ignora ni trata de negarlo; pero que haya un equilibrio justo en el que se sostenga tanto una cosa como la otra; y no el exceso que inclina la balanza en favor del espíritu mundano y sus mil y variadas formas de reinar.

Estamos, como digo, en momentos en que la caridad del Divino Maestro, reclama a cada paso nuestra atención y nuestra generosidad; si tenemos para pagar cines y teatros caros, tengamos también para sostener obras de propaganda y divulgación religiosa; para ayudar efectivamente a los trabajos apostólicos de nuestros prelados y para llegar hasta la cabaña del pobre con nuestro óbolo de misericordia.

Abramos el corazón a la generosidad y al espíritu cristiano, para lanzarnos a la conquista de amor y compasión a que nos invitan en este momento los espectáculos de desolación y desamparo que la guerra, el hambre,

la peste y tantos males, han sembrado en la humanidad entera; comencemos este santo apostolado, viendo de cerca todas las necesidades con que lo reclama antes que nadie, nuestra patria mexicana...

"Quien mucha habla..."

Diario nos encontramos en sociedad con personas importunas y chocantes, que creen saberlo todo, conocerlo todo, haberlo visto todo y aun alardean de resolver los problemas propios y ajenos.

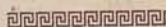
Hacen pensar en ese muñeco "Polichinela", que en los cuentos infantiles metía la nariz en diversos frascos de jarabe y acabó por teñírsela, hasta tenerla hecha una hasta multicolor.

Si hay acontecimientos o sucesos que por su naturaleza alcanzan una publicidad extraordinaria, no seamos nunca de aquellas personas que llegan a todas partes queriendo ser las primeras en lanzar noticias sensacionales.

Tengamos la suficiente circunspección para oír de otros el relato, aún cuando ya esremos enterados del caso, esperar el momento oportuno para comentarlo y más todavía; enseñar con nuestra prudente reserva, que una mujer digna y cristiana, en cualquier acontecimiento público o privado, escucha, piensa, toma la lección y después disculpa, perdona o consuela.

Ser cotorras de salón o reporteros en sueldo, es muy triste oficio, os lo aseguro.

Clo-Bell.



Instrúyete

Y ¿por qué no estudias esta asignatura? — Porque ésta es la principal de todas. ¿Sabes a cuál me refiero?, a la asignatura de Religión. Persuádetes que más que geografía y que historia y que gramática y que física y que química, debes aprender religión. Tu primer deber es ser cristiano. Luego tu primer deber es aprender religión cristiana.

¿Es que tengo tantas dudas! — ¡Claro!, la maravilla sería que no tuvieses dudas. ¿Acaso has estudiado?, ¿acaso has procurado salir de dudas? No digas que tienes dudas; dí que tienes ignorancias. No has estudiado ningún libro de religión, no puedes saber religión. Dudas si Jesucristo es Dios. — Pero, ¿es que has estudiado los fundamentos de la divinidad de Jesucristo? — Dudas si la religión católica es la verdadera. — Pero, ¿acaso has estudiado los fundamentos de la religión católica? — Dudas de los milagros. — Pero, ¿acaso has estudiado lo que es milagro y los milagros que se han hecho? — No has estudiado nada; con razón dudas, digo con razón ignoras.

Es que he estudiado muchos libros de religión. — Pero cuáles? ¿Los de los que la atacan? Porque hay hoy muchos, aun católi-

cos, que leen muchos libros de los que escriben contra la religión y no leen los libros de los que explican la religión verdadera. Es como si para informarte de si tu padre o tu madre son personas buenas, fueses a pedir informes a sus enemigos. Te dirían que son unos indecentes.

Instrúyete para conocer el dogma. — A lo mejor no sabes lo que tienes que creer. A lo mejor piensas que es de fe una afirmación que ni siquiera es verdad y no pasa de pura opinión humana. A lo mejor dudas de un misterio porque lo entiendes al revés. A lo mejor atribuyes a los católicos doctrinas de los lute-

Joyería Müller

En esta acreditada joyería encontrará usted: los relojes de las mejores marcas, garantizados; los mejores regalos para bodas, cristalería finísima, objetos de arte. Juegos de cubiertos de plata. Y en joyería hay para los gustos más refinados.

Frente a la Plaza de la Artillería.

Teléfono 2397

ranos. ¿Has estudiado bien lo que se contiene en el credo?

Instrúyete para vivir bien. — ¿Sabes moral? ¿Conoces el alcance del decálogo? ¿Entiendes el derecho natural contenido perfectamente con los diez mandamientos? ¿No conoces la moral católica? ¿Y qué moral tienes? ¿No sabes que serás responsable al fin ante un Juez supremo, como te atestigua tu conciencia, de lo bueno y de lo malo que hayas hecho? Y, ¿sabes, has estudiado lo que es bueno y lo que es malo?, ¿qué es bueno? ¿qué es malo? . . . Si no has estudiado religión, yo te aseguro que no lo sabes. A lo más lo sabes a medias. No vives bien, pero tú tienes la culpa porque no has querido estudiar qué es vivir bien.

Instrúyete para salvarte. — ¿Sabes todo eso de más allá de la tumba? . . . ¡A saber, dices, si hay algo más allá de la muerte! — ¿A saber? ¿Pero lo has estudiado? ¿Has averiguado bien eso del cielo y del infierno y del purgatorio? — ¿Te has enterado de lo que hay que hacer para no ser arrojado al infierno? — ¿Y de lo que hay que hacer para ir al cielo? — ¿O piensas que es cuestión de acertar? . . . ¿casualidad, suerte? — ¿O acaso no te importan estas cuestiones que son para toda la eternidad? — Pero, ¿has estudiado siquiera si deben o no importarte? . . . Es cuestión seria, y no es para dejarla de lado. Y tú que a lo mejor te preocupas de si puedes coger un catarro, o de si bajan un entero tus acciones, creo que si estudiases, te preocuparías algo más de tu salvación o condenación. Entérate, entérate, por si acaso.

Instrúyete para ser fuerte. — Ya sé, ya sé que deseas ser bueno y quisieras ser virtuoso. Pero has desistido, porque dices que no puedes, que te arrastra la pasión, y que el vicio puede más que tú. ¡Oh ignorante! ¿Acaso has estudiado el modo de adquirir fuerzas? ¿Acaso has indagado si hay armas para vencer?, ¿fortaleza para dominar?, ¿auxilio para defender? Porque la religión tiene mil medios para dar fortaleza al alma. Y sabe, y precisamente lo supieras si la hubieras estudiado, que el hombre de suyo es incapaz de vencer muchas tentaciones, que por sí no pue-

de ser casto y honesto; que tiene una inclinación a robar, estafar y apoderarse de lo ajeno cuando puede; que no es por sí capaz de dominar la ira, etc., etc. Nadie sabe más que el católico todo eso. Además la religión da medios para ser casto, para vencer las tentaciones, y si se ha caído en pecados para salir de ellos y de los vicios. Sí, señor. — Y qué medios son esos. — Pues estudia los libros de la religión. Y verás en ellos primero qué es oración y el modo de hacerla, para obtener la gracia de Dios y socorros divinos. Y verás también que la religión tiene unos medios que son los sacramentos, fuentes de gloria y de fuerza sobrenatural para que el que quiera pueda vivir como Dios manda. Sobre todo la confesión y comunión. Si supieras que vienen ladrones a robarte o a asesinarte, ya te enterarías dónde venden armas y pedirías instrucciones de cómo se manejan. Y no dirías: estoy perdido, ya no puedo con ellos.

Instrúyete para consolarte. — Sin instrucción religiosa, ¿cómo vas a tener consuelo en las grandes penas de la vida?, de ningún modo. Hay tribulaciones en las que no es posible tener resignación sin instrucción religiosa; hay catástrofes en las que no es posible echar bálsamo, si no hay instrucción religiosa; este mundo es una tribulación sin consuelo si no hay ideas e instrucción religiosa.

Instrúyete para tener alegría. — La instrucción religiosa es una fuente perenne de las mayores dulzuras de esta vida. No te prometo con ella la felicidad, porque la felicidad no es planta de este mundo; pero sí te aseguro que con instrucción religiosa tendrás muchos contentos íntimos que no es posible tenerlos sin instrucción. Entenderás las esperanzas de la otra vida, gustarás de la paz de la conciencia, conocerás lo bueno que es Dios, experimentarás lo dulce que es cumplir con el deber; mirarás al cielo; lo verás desde el camino de esta vida; conocerás lo que es Jesucristo, lo que es la Virgen Santísima; saborearás lo que es la confesión y el arrepentimiento; gustarás lo que es la comunión; percibirás siquiera de algún modo lo que es el yugo suave de Cristo; hasta gozarás en el padecer por nuestro Señor.

Créeme, así como en la vida natural y humana el que es instruído goza sin comparación mucho más que el ignorante de todas las cosas, así quien es instruído en lo espiritual y religioso goza en la vida moral mucho más que el que no sabe religión.

Y de todos modos: tú tienes que vivir bien; tú tienes que dar cuenta de cómo vives; tú te salvarás o te condenarás; pienso que no quieres condenarte sino salvarte; luego tienes que instruirte y es una barbaridad caminar a una alternativa tan terrible con los ojos vendados y sin instrucción religiosa.

Libros de religión. — Para ello procura, si puedes, comprar o leer algunos libros buenos de religión. Estudiar el mismo catecismo con alguna reflexión; leer algún libro que explique ese catecismo, o alguno de tantos libros que se han escrito para enseñar la doctrina cristiana; la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, que se vende en "Buena Prensa" y la lee muchísima gente. Estudia tu religión; porque es indigno que no la sepas, y mucho más indigno que, sin saberla, la desprecies.

Remigio Vilariño. S. J.

El Niño Jesús en el Templo

La infancia de Jesús es para nosotros desconocida. El Evangelio se limita a decir que "a medida que crecía en edad, crecía también en sabiduría y santidad" y en esa breve frase está compendiada toda la niñez del Hijo de Dios. Solo hay un momento en que aparece esa tierna figura con todo el realce de su personalidad divina; a los doce años, cuando, llevado por sus padres a Jerusalén, se queda en el Templo y aparentemente los abandona a la amargura de creerlo perdido. Luego, cuando después de tres días de una angustiosa búsqueda le hallan al fin, sentado en medio de los graves Doctores, interrogándolos y asombrándolos con sus palabras, al hacerle su Sma. Madre una tierna reconvención por la pena que les acaba de proporcionar su desaparición, le contesta con aquellas palabras que en el primer momento nos suenan tan poco filiales; —¿Y por qué me buscábais? ¿No sabíais

que debía ocuparme con las cosas de mi padre?"... Allí está la clave del misterio. El ha venido a la tierra a cumplir la voluntad de ese Padre de los cielos que está por encima de los padres terrenales. El tiene una misión sublime que cumplir, y debe ocuparse en ella antes que en ninguna otra, y aún a riesgo de contrariar y de entristecer a los que en el mundo representan a ese Padre. Claro y evidente, luminosa se nos presenta la actitud y la respuesta de Jesús Niño. Y al tomar esa actitud y al dar esa respuesta nos brinda una enseñanza y nos señala un camino: hay que obedecer, antes que todo, y por sobre todo, a la voluntad del Padre celestial, que se nos manifiesta en todos los momentos de la vida, imponiéndonos una actitud, una tarea, una obra, una misión.

Al comienzo de este año nuevo que bien pudiera ser el último de nuestra vida, conviene

ROYAL FASHIONS

TIENDA DE MODAS DE CARIDAD DE BLEN

OFRECE A SU DISTINGUIDA CLIENTELA

Bellísima Ropa Interior para Señoras; Finísima Ropa para niños. Constantemente recibimos nuevo surtido de elegantísimos vestidos de calle, baile, etc. Jackets de piel finísima, legítimo zorro plateado. ABRIGOS DE VERANO. Ropa de Veraneo. Calzado Americano. Elegantes carteras de señora.

Visítenos y encontrará lo que desea.

Frente a la Clínica del Doctor Figueres

TELEFONO 2266

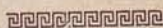
detenemos a reflexionar acerca del significado de la respuesta de Jesús a su Madre, interpretada en nuestro caso especial. 'Ocupémonos en las cosas del Padre!' es decir, cumplamos con nuestros deberes religiosos, sociales, individuales, ya que ellos representan indudablemente la voluntad del Padre. El nos ha colocado en la situación en que nos hallamos, en el estado que hemos elegido, en las condiciones de vida que nos son particulares. Pues bien! hay que procurar que esa situación, ese estado, esas condiciones sean el medio más propicio para desarrollar nuestras facultades y virtudes hacia un fin esencial, que es ir a Dios derechamente, cumpliendo simplemente su santa voluntad. Y para realizar este empeño, que no es tan fácil a nuestra pequeñez, como a primera vista pudiera parecer, puesto que muchas veces, como Jesús Niño, tenemos que desatender hasta nuestros afectos naturales y pisotear nuestro corazón humano, para realizar este empeño, tenemos que doblegarnos a las exigencias de nuestro estado, cumpliendo los compromisos que hemos contraído de la manera más perfecta, valiéndonos de todas las circunstancias, grandes y pequeñas que nos rodean para, antes de todo, ocuparnos en las cosas del Padre cele-

tial, es decir, para poner por encima de todos los cuidados y preocupaciones materiales que a veces nos embargan hasta hacernos perder de vista el fin sobrenatural de nuestra existencia, poner a Dios en todos los instantes y en todas las cosas de nuestra vida, aún en aquellas que nos parecen las más insignificantes, las más triviales, las más desprovistas de una mira espiritual. Hacer de la tierra, ya que no un cielo, por lo menos el camino del cielo, en el que la vista al posarse sobre la creación y sus bellezas, evoque la Jerusalén celestial y los pies, al herirse con los guijarros y las espinas de la vía, hagan pensar en las avenidas del Paraíso, tan suaves al andar; y toda nuestra humano envoltorio, vea, oiga, perciba, sienta, no las tristes escenas de este valle de peregrinación, sino anticipe las visiones que seguirán a este viaje, cuando lleguemos a los límites que separan la tierra del cielo.

Que el Año todo para nosotros conserve el eco de la palabra de Jesús-Niño!—"Las cosas del Padre, primero... el resto puede venir luego por añadidura".

Lucila L. de Pérez Díaz
De "Iris".

Caracas, enero de 1942.



Mi Crucifijo

Si tenéis un crucifijo, cómo os portáis con El? dice M. D'Alzon. Abandonadle lo menos posible, ponedlo sobre vuestra mesa cuando trabajáis, para mirarle de cuando en cuando; y, si os dormís, dejadle entre vuestras manos. En realidad no hay nada que santifique más que la Comunión frecuente y la adoración al Santo Sacramento; pero no siempre se puede tener presente substancialmente en el corazón a Cristo, Nuestro Señor, ni estar postrado a sus pies, pero sí se puede tener consigo a su imagen; y esa imagen dice muchas cosas.

Si en la mañana al levantaros, besáis con amor vuestro Crucifijo y prometéis a Nuestro Señor Jesucristo, llevar todo el día vuestra cruz; si durante la meditación tenéis la Cruz en vuestras manos y os proponéis de inmola-

ción en el altar del sacrificio de Jesucristo; si, para avivar vuestro fervor, ponéis de cuando en cuando la mano sobre vuestro Crucifijo; si lo estrecháis con fuerza en los momentos de angustia, de penas, de luchas, de tentaciones; si al momento de hacer una obra buena, lo adoráis, acordaros que es a Jesucristo a quien vais a socorrer en la persona de los pobres o de los niños; si al practicar alguna caridad besáis las llagas divinas, que son las fuentes de la vida de la Iglesia, y los manantiales que nos purifican; si, en la noche, al ir a sus pies a darle cuenta del día, de vuestro orgullo ante sus desprecios, de vuestra vanidad ante sus humillaciones, de vuestra cobardía ante sus angustias, de vuestra pereza ante el sudor de sangre derramado sobre ese cuerpo divino, de vuestro egoísmo ante su amor infinito, de vuestra impaciencia, de vuestros enojos, de vuestra falta de cari-

dad, ante sus largas estaciones a la puerta de vuestro corazón; ¡ah! me parece difícil que vuestro Crucifijo no sea para vos, un amigo, un confidente. Nuestro Señor os amará, os enseñará, os fortalecerá con su imagen, y en un trato continuo, unido a vuestro Dios, por ese intérprete mudo sentiréis que os transformáis; no será ya la madera, el bronce, los que es revelarán los rasgos del Salvador; se gravarán de una manera más eficaz en vuestra alma. Sentiréis el apoyo más inmediato del que por vos se dejó clarar en una Cruz. Querréis transformaros en El y decir como San Pablo: "Vivir, para mí, es Jesucristo". Y vuestra vida, tomando otro camino, es descubrirá nuevos horizontes de la ciencia cristiana, si os dejáis llevar por el amor; y toda vida, toda ciencia, toda felicidad, se reducirán para vos en estas dos palabras: Jesucristo crucificado.

¿Os confesaré sencillamente que el mejor momento es para mí el de la noche, antes de dormirme? No se necesitan muchos esfuerzos para pensar en ese buen Maestro, de quien se

tiene la imagen en las manos. Se le pide perdón de las necedades; y ese perdón cae desde lo alto de la Cruz; se piensa en el mal que le ha ocasionado el pecado, en el tiempo que se ha perdido, en los favores recibidos. Se le agradecen los beneficios, se le hacen ardientes promesas, se avergüenza uno de estar en blanda cama cuando El murió en un patíbulo, se anima uno para amarle más y para recobrar el tiempo perdido. Se adora a Dios Padre, presentándole a su Hijo, se invoca al Espíritu Santo, se ruega por la Iglesia que nació en el Calvario, se confunde uno de ser tan mal cristiano, se anima uno con el pensamiento del amor y del poder de Dios; y si el sueño no ha venido, es tiempo corto pasado en semejante compañía.

Rogad a la Santísima Virgen para que os enseñe a pegar vuestros labios sobre las llagas de su divino Hijo, para tener el valor y el ardor que deben de distinguir a las almas esposas de un Dios.

¡Que la Cruz sea vuestro bien, vuestra esperanza, vuestra vida y vuestra recompensa!

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en la

Fábrica Nacional de Licores o en el

Almacén Robert Hermanos

NOVELA

—Te ruego me perdones — excusóse graciosamente en cuanto se encontraron a solas; — ya veo que te ha sentado mal que te besara, pero piensa tú misma si es que podía no hacerlo... ¡un marido que vuelve después de varias semanas de ausencia y un marido que está aún en plena luna de miel! — concluyó en tono de broma aunque en el fondo rezumaba grandísima amargura.

María enrojeció hasta el blanco de los ojos, pero no contestó. Lo mejor era dar por terminado el incidente.

—¡Qué perro más hermoso! — murmuró acariciándolo. — ¿Lo traes para que se quede en Figuerola?

—Lo traigo para ti. Me dijiste una vez que te gustaban mucho los perros y al ver éste en París pensé en regalártelo...

¡Había pensado en ella! ¡Y en París...! María Riverdal sintió que la invadía una singular dulzura. Atrajo hacia sí al hermoso animal y le estrechó contra su corazón como si fuese un amigo.

Y puso un beso muy largo y muy silencioso entre las dos orejas del animal.

Arústegui, en pie y con las manos en los bolsillos del pantalón, envolvióla en una mirada sostenida y enigmática, sintiendo un intenso malestar. Cuando pasaba el automóvil por cerca de la rosaleda la había visto besar las flores apasionadamente y ahora besaba al perro como si fuese una persona. En cambio al beso de él había vibrado toda de repulsión como si la tocase un reptil u otra alimaña. Tenía ansia de amor, y, sin embargo, rechazaba aquellas caricias suyas que esta vez fueron muy espontáneas y muy sinceras. ¿Le odiaba, acaso?... Carlos se encogió de hombros, perplejo, diciéndose que acaso, acaso, había cometido una insigne locura volviendo.

CAPITULO IX

LA INTRIGA

Carlos Arústegui volvió a sepultarse en el retiro de su casa de campo, exactamente igual que

lo hiciera a raíz del fallecimiento de su tío, mejor dicho a raíz de su descalabro amoroso, porque esa y no otra fué la causa de que un empedernido hombre de sociedad se aislara en la soledad y el silencio, sin que sea esto suponer que la muerte del Marqués no le afectara. Sólo que ahora, él mismo apreciaba, en su manera de ver las cosas, una sutil e interesante diferencia; era al principio indiferente a todo, le dejaban frío las bellezas de las perspectivas, del colorido y del ambiente, vivía sumergido en sí mismo, mirando siempre hacia adentro, recreándose en remover el estilete en el fondo de su herida abierta, sin admitir calmantes ni triacas, y ahora, súbitamente, se despertaba en él una maravillosa sensibilidad que le permitía apreciar infinidad de pormenores que eran para su alma (susceptible de sentir el encanto de la belleza y del arte) fuente inagotable de placeres altísimos. Ya hemos dicho al comienzo de esta verídica historia que Carlos Arústegui no era un muchacho estragado, sino un buen chico con la cabeza un poco a pájaros, pero sentimental y romántico en el fondo y además un temperamento imaginativo y por ende exaltado y ardiente.

Llegó a Figuerola al finalizar una primavera un poco retrasada aquel año por los descentrados fríos de un invierno muy largo. Empezó por extasiarse ante las acacias y los tilos llenos de flor, cabe los arriates de enormes claveles y la rosaleda multicolor, y terminó por experimentar una intensa sed de libertad, de movimiento y de perspectivas que le llevaron al fin a coger un caballo brioso y correr a galope tendido por su patrimonio y por fuera de él, en busca de rincones nuevos y sorpresas para los ojos. Recorriendo su hacienda por deporte, llegó a presenciar fortuitamente los trabajos agrícolas y le parecieron tan interesantes que experimentó después el deseo de presenciarlos diariamente, de intensificarlos, de ampliarlos... Esto trajo una administración discreta y una convivencia democrática y frecuente con los braceros. Perdieron éstos el respeto hostil hacia el amo, conquistados por su llaneza y por sus ci-

garrillos y encontró Arústegui un consuelo muy íntimo en la comparación de su vida muelle, abundante y regalada con la penosa brieda de aquellos pobres muchachos. Como era un poquitín filósofo, llegó un momento en que se dijo que no era conveniente tentar a Dios pidiendo a la vida más de lo que nos da. Era lo mismo que se había dicho en cierta ocasión María Riverdal. Resultado de esta vida sana y de estas consideraciones hechas frente a la lucha y el trabajo de los pobres, era que la terebrante amargura que invadía el corazón de Carlos Arústegui, ibase atenuando de manera tan insensible que ni él mismo lo notaba. En cambio, María con su intuición femenil se daba perfectísima cuenta de la sutilísima transformación.

De estas caminatas al aire libre, bajo el sol que ya era ardoroso, volvía polvoriento y cansado, pero con un envidiable equilibrio espiritual que le hacía aparecer ante su esposa sonriente y ecuanime, despojado del ceño de los primeros días y con el ánimo dispuesto para emprender largas charlas de intenso sabor intelectual. Carlos era un hombre muy culto y tenía una elocuencia flúida y elegante, como toda su persona, que hacían de él un maravilloso conversador. María escuchaba aquellas charlas con una delectación secreta y le seguía por todos los terrenos con una facilidad que daba idea al mismo tiempo de la sólida cultura que también ella poseía. Arústegui experimentaba un íntimo bienestar, saboreaba aquella dulcedumbre de hogar que María, con su táctica y sus cuidados, sabía hacerle sensible sin darlo a entender casi, silenciosa y callada, pero atenta siempre a satisfacer los gustos y los caprichos del esposo. Tal vez, éste, no se diera cuenta de aquella tierna solicitud y del valor que entrañaba y... sí, ¿por qué negarlo? del claro significado que tenía, pero saborearla, sí que la saboreaba con delicia. Siempre en manos de gente mercenaria, para él eran una novedad y una dicha encantadoras sentir que cerca de él había una persona sin otra misión en la vida que apartar de su camino todas las espinas, todos los pequeños inconvenientes y molestias, todas las cosas que pudieran producir un roce áspero. Se decía que hubiera sido un goce celestial recibir todas estas amables mercedes de un corazón enamorado... ¡el goce supremo!; pero

se conformaba resignado a recibirlas de manos del deber ya que éste era el que impulsaba a María Riverdal. Por las tardes, cuando volvía del campo, experimentaba cierto goce exquisito al entrar en su casa y encontrar a su mujer esperándole junto a la mesita del té. ¡Tantas veces lo tomó solo, o entre el ruido de los salones mundanos! Aquella paz era dulce y estaba llena de poesía. En la mesita había un mantel primoroso y muchas flores en torno: abiertas las vidrieras sobre la terraza, el sol declinando, paseando sobre la balaustrada los pavos reales. Lejos, una bocina de automóvil, el silbido de un tren, una copla campesina, un golpe de azada, el canto de un regatuelo que se desborda... Y cerca una muchacha vestida con trajes vaporosos e ingenuos, un día rosa, otro azul, otro crema, otro blanco... Siempre tonos discretos y suaves en armonía con la hora blanca y misteriosa; la hora un poco litúrgica del crepúsculo. La mujer había adivinado todas sus predilecciones, todos sus caprichos y los atendía con una solicitud casi maternal; él no se preguntaba cómo ni por virtud de qué sentimientos María Riverdal se preocupaba de su persona de tal guisa. En su inconsciente egoísmo de niño mimado se contestaba con aceptar todo aquel bienestar; pero lo agradecía profundamente. Entre los dos ya no habían vuelto a reproducirse ninguna de las reyertas anteriores suscitadas por el orgullo: era amable, discreta y un poquitín seria. Ahondando en el misterio de sus pupilas, Carlos hubiera podido ver que estaba un tanto triste. Algunos días incluso se leía en ellas un profundo desaliento como de persona a quien la lucha le abate las fuerzas, pero esas pupilas apenas se atrevía a mirarlas Carlos Arústegui. Siempre miraba a María de un modo enigmático, sin sostener la mirada como temeroso de ofenderla con una irdiscreción, pero con una expresión perpleja y turbada de hombre desconcertado. Solía mirarla a hurtadillas cuando ella no se daba cuenta y como por casualidad se volviese María, sentíase sorprendido, avergonzado y confuso como si cometiese una mala acción. Parecía un colegial. En su vida se había sentido más ridículo.

Después de tomar el té solía invitarla a dar un paseo por el parque. Ella aceptaba casi siempre sin perder su aire equilibrado y sereno. Daba sus

órdenes al ama de llaves a propósito de la comida (era una admirable mujercita de su casa), se echaba un chal sobre los hombros y le seguía. No se cogían del brazo. Marchaban tiesos, correctos, distarciados. Entre la sombra con medallones de sol de las espesuras del parque. Arústegui la encontraba tan bonita que dos o tres veces sintió el impulso loco de besarla... aunque ella no quisiera. Pero era demasiado caballero para besar a una mujer contra su voluntad. Desde la galería solían presenciar estas salidas ceremoniosas, Margarita y Manuel, el ayuda de cámara.

—¿No le parece a usted que esto ya tiene otro aspecto? — preguntaba cándidamente Manuel.

—¡Hum! — murmuraba la doncella. — Hasta que no se abra la puertecita que usted sabe...

Y continuaba escribiendo largas cartas a Adelaida Fajardo.

Los esposos seguían su paseo, mientras, a ratos, en silencio, compenetrados con la naturaleza; a ratos de charla, Carlos se confesaba que María Riverdal resultaba un camarada excelente, idealísimo. Una de aquellas tardes, al anochecer casi, cruzaban la carretera para entrar en el parque. Habían ido a pasear a la orilla del río. En la penumbra del crepúsculo y entretenida oyendo hablar a Carlos no se dió cuenta de que se le echaba encima un automóvil, que, sin luces aún, corría como centella por la peligrosa curva. Ella no tuvo tiempo de dar un grito de espanto. El fuerte brazo de él ciñó el suyo sin contemplaciones y casi en vilo la apartó de junto al coche. Fué todo tan rápido que cuando ella vino a darse cuenta el carruaje había traspuesto ya y no se veía ni traza de su paso. El continuaba con sus cinco dedos puestos sobre el brazo de ella por encima del codo y bajo la tela liviana de su vestido de tamín sentíala temblar como un pájaro asustado. Invasión por una ternura súbita, Arústegui se deshizo en frases de increpación contra el chofer que ya no podía oírle y de alientos hacia la pobre muchacha. Continuaron sus caminos hacia casa, pero él no quitó su mano del brazo de María Riverdal en ademán protector que tenía un algo de la inconsciente insolencia de la posesión.

Cuando ella, al serenarse, se dió cuenta del ademán familiar y de la proximidad de su ma-

rado, sintió como siempre la embriaguez exquisita de la caricia, pero no la delicia de un placer físico, sino el inefable goce de un placer espiritual, algo elevado y quintaesenciado y por completo alejadísimo de toda concupiscencia... La peregrina felicidad de creerse amada... Pero, en seguida, la razón la demostró que se equivocaba. Aquel ademán familiar no era otra cosa que el instinto de protección que todo caballero experimenta ante un ser más débil que él. Con un movimiento instintivo se desprendió de Carlos, llena de rebeldía. Quedóse él mirándola entre dolorido y abochornado, pero ella no pudo ver esta mirada porque había echado a andar delante.

Aquella noche apenas se hablaron durante la comida. El estaba hosco y ceñudo como en sus primeros tiempos de casado y ella indignada contra sí misma de ver que pasado el primer empujón de rebeldía, vivía como un éxtasis, abstraída en el recuerdo de aquella caricia, sintiendo aún sobre su brazo la presión de aquellos cinco dedos dominadores y deseando a la vez que odiando, el contacto cuyo sólo recuerdo la estremecía. Las largas pestañas, rizadas como las de un niño, caían sobre sus ojos con una sombra misteriosa y adorable. El hacía como quien no la miraba, pero no la perdía de vista, pese a su ceño y a su aspecto resentido. ¡Y la encontraba tan estupendamente bonita en su total carencia de artificios...! ¡Dios santo! ¿Y aquella expresión beatífica? ¿En qué estaría pensando?

Carlos Arústegui no era un lince en cuestión de mujeres como Julián Queipo, ni tenía la menor audacia, ni estaba armado a emplearla con esta muchacha arisca y orgullosa que le detestaba a juzgar por los hechos. Pero si hubiese tenido la experiencia y la audacia del Conde de Queipo de Arosa, el asunto hubiese quedado concluído aquella misma noche con la magia de unas palabras de cariño. Carlos sabía decírlas y su voz era atrayente y sus ojos elocuentísimos de tal manera que la virtud imaginativa y el poder espiritual de las palabras habrían sido rotundos. Pero la velada transcurrió hostil y difícil y el ceño de Carlos tardó en desarrugarse tanto por lo menos como tardó María en perder su aire de recelo y de desconfianza.

Al fin volvieron a tratarse como buenos camaradas. Devolvieron juntos las visitas que recibió María en ausencia de Carlos. Ella, muy bien vestida dentro de la sencillez más de buen tono, admiró a Arústegui por su tacto social (¿dónde le adquirió?) y por la elegante soltura de sus maneras. La cosa fué fácil y suave y la gente quedó convencida de que el de los condes de Arústegui era el matrimonio mejor avenido de la tierra. Carlos se interesaba por los pobres de María y María por los trabajos de Carlos. Tuvo que ir a ver la instalación de un motor bomba en su campo de regadío y a presenciar el funcionamiento de una trilladora y un tractor recién recibidos. María escuchaba las explicaciones de su marido como si oyera la más divina poesía y si él no hubiese estado tan ajeno al amor que inspiraba, hubiera visto los ojos cargados de pasión, negros y oscuros como la noche, prendidos de encanto deteniéndose en él. María encontraba seductora aquella silueta de Arústegui que se le iba haciendo familiar en los últimos tiempos con su traje de montar realizado por los leguis de color castaña, en la mano el látigo y un poco ladeado el flexible... Parecía mentira que aquellos dos seres que de tal manera se completaban no llegaran a entenderse.

Una de tantas noches, al terminar la comida, Eguile avisó que no podía servir el café en la terraza porque estaba comenzando a llover. Decidieron tomarlo en el saloncito... El agua caía torrencialmente abatiendo los rosales y deshojando las acacias, los tilos y las madre selvas. Arústegui acostumbraba a fumar su cigarrillo acodado en la balastrada de la terraza mientras se sumergía en el piélago de belleza del paisaje sugestivo en medio de las sombras. Una de las cosas que más le gustaban era, cuando ya se le habían acosutnbrado a ello los ojos, ir jugando a descubrir los objetos... la fuente de las rasas, el jaulón de las palomas, el magnolio del macizo de enfrente al invernadero, el grupo de cactus, el puentecillo de la laguna... Hasta que habituados los ojos a la oscuridad lo veía todo bañado en una media luz eléctrica y misteriosa.

—Esta noche no voy a poder fumar en la terraza — dijo de pronto, al colocar la taza de porcelana sobre el platito.—Me voy al fumadero.

Se había levantado. Su prócer estatura se

perfilaba descollando sobre las doradas molduras y los oscuros lienzos del saloncito. María detúvose impulsiva y vehemente.

—¿Para qué quieres irte? ¿Es que no puedes fumar aquí?

—Si a tí no te molesta...— murmuró agradablemente sorprendido...

—¿A mí? No hombre, no. Puedes fumar tranquilamente.

Ella misma se levantó sin darle tiempo a él que pudiese evitarlo y trajo un platillo etrusco muy lindo que servía de cenicero, poniéndolo delante de Arústegui. Se habían sentado otra vez los dos como estaban antes; él sacó del bolsillo la pitillera y una preciosa cajita de oro y esmalte donde encerraba las cerillas.

—¡Qué bonita caja!—dijo María cogiéndola.

El recordó que se la había regalado Pilar Acuña, pero quizá por primera vez desde la ruptura lo recordó sin pena, acaso porque estaba distraído mirando las manos de su mujer, finas, blancas, cuidadas, aunque con las uñas sin teñir; una hermosas manos ciertamente. De pronto, las manos admirables apretaron el resorte de la cajita y los dedos abusados sacaron de su seno una cerilla. Raspó un momento, brotó una llanita primero azulada y luego áurea y con gesto completamente natural, con una completa ausencia de coquetería o de segunda intención, María Riverdal acercó la cerilla a Carlos creyendo sin duda que Carlos la cogería para encender el cigarro. Pero Arústegui se inclinó hacia ella todo cuanto le permitió la mesita que estaba entre los dos y en lugar de tomar el fósforo encendido, asió con aquellos cinco dedos fuertes y dominadores la fina muñeca de ella donde tintinearón dos aros de oro empedrados de brillantes. Y así encendió el cigarro. Luego, sus dedos aflojaron la muñeca de María Riverdal toda estremecida y alborotada y vibrante y fueron deslizándose suaves hasta oprimir dulcemente los dedos femeninos. Y entonces, prisioneros suyos aquellos dedos, Carlos Arústegui los besó. Como sacudida por una corriente eléctrica, María Riverdal se puso bruscamente en pie: tremó en sus labios, por un momento, una frase aplastadora.

—Es usted...

—¡Cállate, María! — suplicó él, vencido.

—No digas una palabra más... No pongas entre nosotros lo irreparable...

Pálido y nervioso, vióla cómo se marchaba airada y ofendida. Tiró el cigarrillo con rabia y lo aplastó bajo sus pies.

—Pero esto es imposible... ¡imposible!— exclamó Carlos hundiendo la cabeza entre las manos.

Al día siguiente llegó Adelaida Fajardo.

Con la Marquesa llegaron doña Carmen y Eduardo. Una vez más el orgullo de María Riverdal y la dignidad caballeresca de Arústegui salvaron la situación, pero aunque doña Carmen, engañada por la amable cortesía del yerno y por la sonriente serenidad de la hija, pudo creer que todo marchaba a pedir de boca. Adelaida Fajardo no picó en el cebo. Veía a su ahijado irridadísimo y nervioso; a Dios gracias, esto ya era un paso hacia adelante porque hundido en el marasmo de su indiferencia anterior, poco o nada se podía esperar de él. No podía precisar si lo que sentía hacia María Riverdal era odio o cariño, pero sonreía pensando que ya era "algo". Una circunstancia que la sorprendió mucho fué el verle metido de hoz y de coz en la dirección personal de sus negocios, y sobre todo su intervención directa en los trabajos agrícolas de la hacienda. Ya sabía ella de siempre que Arústegui no tenía un pelo de tonto y de no ser por aquella Pilar Acuña, fácil es que hubiese triunfado en el palenque de las profesiones intelectuales, pero aquella muchacha anuló su personalidad esclavizándole a su amor y él había sido como un muñequito de guiñol en sus lindas manos. Era de esas mujeres perniciosas que empequeñecen a un hombre. Este inesperado resurgir de Arústegui tenía su arranque en la convivencia con María Riverdal. Indudablemente la muchacha no se había permitido decirle una sola palabra con respecto al particular, pero él que tenía mucho amor propio se había visto emulado por el ejemplo de la vida anterior de la Riverdal toda trabajo y deber y hasta por la actividad que ponía al presente en el manejo y gobierno de su casa. La madrinita habíase quedado gratísimamente impresionada del orden, de la limpieza, del aspecto hogareño e íntimo que su mano de hada hizo surgir en la vieja casa como al toque de una varita de sortilegio. En las comidas el servicio

era pulcro como impuesto por una dueña exigente y los **menús** deliciosos y abundantes, predominando en ellos los platos preferidos de Carlos... Adelaida Fajardo, al recoger este pomeñor, no pudo menos de quedarse un poco pensativa... ¿hasta tal punto se preocupaba María del bienestar de su glacial y correctísimo marido? ¿Era esto "el deber" o había algo más oculto tras el antifaz de ese deber?

María Riverdal, en el tiempo transcurrido desde su casamiento, se había transformado insensiblemente, pero por insensible que fuese esta transformación, apreciála la Marquesa en cuanto se la vió delante. Se había desdoblado y afirmado en ella una nueva personalidad, tenía el aplomo, la seguridad en sí misma que antes le faltaba y que son por sí solos factores de triunfo. Y con la seguridad económica de su porvenir, la buena alimentación y la vida al aire libre, su aspecto físico había cambiado trocándose de muchacha, apenas formada, en mujer hecha adquiriendo una expresiva belleza que ya le profetizaron Julián Queipo y Adelaida Fajardo. A María favorecíanla los vestidos complicados y fastuosos los cuales iban bien con su estatura, con su gallardía, con su altivez, con su serenidad de diosa o reina y llevábalos con la naturalidad ingénita con que lucían su cola los olímpicos pavos reales que se paseaban bajo la marquesina de la casa solariega. La Marquesa de Fajardo observó también el refinamiento aristocrático de la muchacha, un refinamiento elegante y discreto que huía de todo burdo artificio sobre todo en el aliño personal; las manos cuidadas, blancas, suavísimas, pero con las uñas sin pintar; brillante el pelo a fuerza de limpieza y de cepillo, con sus anchas ondas naturales, sin buscar el apoyo de la permanente, bajo los ojos un cerco azul de insomnio o de preocupación, en las pupilas el fulgor sombrío y apasionado de un anhelo de amor, pero sin humo de sándalo ni **rymmel** y en toda ella ni una pincelada, ni un retoque; únicamente el sutil y exquisito refinamiento del vestido, del gesto, de la actitud, soberanamente depurados. ¿Y Carlos Arústegui no se había dado cuenta de que estaba casado con la mujer más sobresaliente de cuantas conocía? En la mirada de María Riverdal había visto plasmarse la madrinita buena una tristeza muy honda.

—¿Será posible que esta chiquilla haya cometido la tontería de enamorarse de Carlos, así tan de repente?

Porque en su programa entraba que María se enamorase de su marido, pero no tan pronto; antes hubiera querido que capitulase él, puesto que la Marquesa no estimaba que fuese muy fácil la conquista de Arústegui enamorado de la Acuña y exigente por naturaleza, y para esta faenita hubiese preferido la señora que María conservase toda su sangre fría y su lucidez de espíritu, cosa que no era probable si el amor la conturbaba, que para algo es amor y es ciego.

Ya hacía días que la madrinita buena iba detrás de conseguir una confidencia de María o de Carlos, aunque bien pensado, mejor de María porque él estaba en un estado de irritabilidad y nerviosismo que saltaba a la cara, pese a toda su fingida traza de frialdad que solamente engañaba a doña Carmen y en tales circunstancias Adelaida sabía que se exponía a oír cualquier exabrupto. Todo menos un atisbo de la verdad, que era lo que deseaba saber. Y la víspera misma de marcharse, cuando ya desesperaba de conseguir su intento, se encontraron ella y la Riverdal solas, a la orilla del estanque mientras los cisnes nadaban solemnes y elegantes sobre la superficie sembrada de lotos y lirios.

—Tenía ganas de verte un momentillo a solas y preguntarte qué es de tu vida, chiquilla. Porque a mí me atañe alguna responsabilidad en este matrimonio tuyo por haber influido en tu ánimo y, la verdad, me está pareciendo que te encuentro un poco triste...

María Riverdal no trató de negar. Contó sus amarguras y sus temores durante la ausencia de Arústegui, sus intentos de acoplamiento, su tolerancia en los días que siguieron al retorno... y por fin, encendida en rubores, aquellos desmanes de Carlos, sobre todo el beso en los dedos tan apasionado, tan... incorrecto.

A Adelaida Fajardo entróle una gran risa cuando la oyó referir el episodio toda indignada contra Arústegui.

—Pero mujer... ¡si es tu marido! Comprenderás que tiene derecho a eso y a mucho más... No pretenderás que viva como un benedictino porque al fin el pobre muchacho no ha hecho voto de castidad y comprende las cosas,

María, no seas chiquilla... Tú tienes ya bastante mundo para comprender que si tú le huyes a tu marido, por mucho que quiera respetarse a sí mismo y no deslustrar su nombre, es preciso que vaya a buscar fuera de su casa lo que no encuentra en ella...

María sintió que se le nublaban los ojos con una sombra de desfallecimiento.

—Eso es lo que me dijo también el señor cura cuando se lo conté. Es un viejecito muy discreto y muy bueno... y me ha consolado mucho. Pero a mí me subleva, me pone los nervios de punta que se me toque contra mi voluntad— exclamó rebelándose.

—Pero vamos a ver, muchacha: Carlos no es ningún negrito que huele mal ni que asuste. Es, al contrario, un muchacho muy elegante, muy guapo, muy hombre... ¿me entiendes?, muy viril (una cosa que hoy escasea bastante), que si no huele a potingues de damisela, huele en cambio a jabón y a agua clara, a limpieza y a juventud... Yo no me explico esa repugnancia tuya a que te toque tu marido... ¡y una cosa tan sencilla como un beso en la mano! ¿Qué será de tí entonces cuando te cojan para bailar unos y otros en un sarao? No me lo explico... ¿Es que por una u otra causa sientes repulsión física hacia tu esposo?

Había palidecido María Riverdal y sus finos labios temblaban apasionadamente.

—No es eso, madrinita — murmuró retorciéndose dolorosamente las manos cuidadas y bellísimas. — Yo quisiera explicarte... Haz un esfuerzo por entenderme tú que eres tan inteligente. Mira... Lo primero que yo he sentido cada vez que Carlos me ha prodigado una de esas caricias ha sido... ¿querrás creerlo?, una emoción intensísima que me ha dejado desfallecida en el primer momento; pero no una emoción física, no, comprende; algo muy espiritual y muy puro... La delicia de sentirme estimada. Pero, no, madrinita, Carlos no me quiere; quiere a otra, me lo ha dicho el sentido común en cuanto, pasado el primer momento de turbación, he podido oírlo, y queriendo a otra... esas caricias de Carlos no pueden ser otra cosa que humillante compasión para mi vanidad de mujer... o algo inroble e inconfesable más humillante aún para él y para mí. Darme yo, sabiendo que

él quiere a Pilar Acuña, sería... una cosa indigna y baja. ¡No Madrinita! A mí no volverá a tocarme Carlos Arústegui, pase lo que pase, hasta que no sepa yo que son su corazón y su alma limpios y llenos de ternura los que le acercan a mí. Antes que vuelva a besarme ha de estar convencido él, y yo también, de que su alma, lo mejor de su ser, es toda mía... He de saber yo que ese beso no es hijo del instinto sino esencia de su alma. Y de ahí no me apearán aunque me prediquen frailes teatinos.

—Bueno mujer; está muy bien — contestó reposadamente la Marquesa. — Pero ahora me vas a permitir que te diga la consecuencia que acabo de sacar después de escuchar tu parlamento.

—Eres muy dueña de decir lo que quieras madrinita.

—¡Tú estás enamorada, formidablemente enamorada de Carlos Arústegui, chiquilla!

—Sí—contestó lealmente María Riverdal, encendida hasta las orejas.

—Pues, mira, me alegro... y lo siento.

—¡Lo sientes! — balbuceó inquieta María Riverdal.

—Sí, lo siento; porque como no veas de disimular ese enamoramiento, como le demuestres algo a tu marido, te caerás con todo el equipo.

—¿Quieres decir?...

—El hombre es el ser más fatuo de la creación; como ellos lleguen a persuadirse de que una mujer les adora, esa mujer pierde todo su poder sobre ellos. No te queda otro recurso para triunfar que revestirte de indiferencia, mantenerte a la altura de un imposible... y cuando él se te rinda, nada de esquivaces, créeme. Sería absurdo y contraproducente.

—¿Pero tú crees que él se rendirá algún día?

—Seguramente. Por lo pronto ya ha salido de su apatía, ya es algo. Y me han intrigado algunas cosas que me reservo.

—Dímelas, madrinita.

—Te diré que os espero en el Coto del Encinar para las cacerías de septiembre—dijo en alta voz la Marquesa viendo acercarse a Arústegui del brazo de su suegra y a Eduardo sal-

tando tras ellos con el perro de Alaska.—Y te prevergo, Carlos — añadió dirigiéndose al Conde, — que este año la temporada será sensacional; espero a algunos extranjeros. Esto dará un tinte de etiqueta completamente nuevo a la sencillez de nuestra convivencia. Equipa bien a María porque esa será su aparición primera en el escenario social.

Arústegui sonrió. Su mirada brillante resbaló por la venusta figura de María ataviada con uno de sus impecables vestidos de tonos suaves. No había tenido aún ocasión de verla en gran *toilette* de noche, pero pensó que debía estar insuperable. Un orgullo loco le invadió; la vanidad de sentirse dueño de una mujer hermosa y Adelaida Fajardo recogió ese vislumbre de vanidad y de admiración en el fondo de las pupilas claras de Arústegui, y sonrió enigmática.

—¡Qué bien nadan estos patitos—dijo trivialmente.

Mientras estaba pensando que si seguían solos en su casa solariega, iban a adormecerse en la inercia de aquella camaradería, sin atreverse a llevar más lejos las intimidades. Acaso él estaba inconsciente del amor que había inspirado y del que tal vez estaba empezando a enseñorearse de su corazón donde la imagen de Pilar Acuña se borraba. Decididamente había que darle un empujoncito al Destino, procurar que algún latigazo a tiempo despertase los aletargados sentimientos o los revelase con su choque brutal.

Y, en un instante, la imaginación de Adelaida Fajardo planeó la intriga.

CAPITULO X

En el mundillo del Encinar

—¿Quieres té o café con leche, Julián?

Piedita se había detenido frente a Julián Queipo esperando su respuesta. Era menudita, blanca, gordezuela, tal como debió haber sido su tía Adelaida Fajardo cuando tenía como ella dieciséis años y como ella era igualmente linda y fresca, pues tenía una boca jugosa, unos ojos pícaros y un aire entre astuto e inocente que resultaba delicioso. Hacía quince días que estaba con su madre en el Encinar.

—Café solo, rica; no me gustan las medias tintas—contestó Julián con galante sonrisa.

La muchachita se azoró; en absoluto no tenía práctica de mundo (precisamente para entretenerla la había llevado su madre al Coto) y las galanterías de Julián Queipo dejábanla sin respiración.

—Bueno, ahora vendrá Lucy a servírtelo.

—Ni que lo pienses, nena. A la lagartija de Lucy no quiero yo verla por mi lado. Tráemelo tú... o no lo tomo.

—Qué cosas tienes, Julián...

Se fué agilísima, pizpireta, gentil y completamente aturdida. Cuando llegó al grupo donde estaban Pilar Acuña, Niní Arjona, Petra Gálvez y un señor viejo, alto, flaco y señorial, que era marqués y había sido ministro en sus buenos tiempos, llevaba dos chapas en la cara que le ardían como si fuesen dos láminas al rojo.

—¡Anda, tú, y cómo se le ha corrido la mano en el colorete a esta chiquilla! — exclamó desconsideradamente la duquesa de Arjona, casadita joven con el pelo muy corto, depiladas las cejas, escandalosamente pintada y muy bien vestida.

—¿Colorete yo? — balbuceó sofocada la infeliz Piedita.

Hacía tres meses que había salido del Sagrado Corazón, y aunque hay quien afirma que ya no quedan jóvenes, es lo cierto que Piedita entre el encierro en el internado y la vigilancia cancerberesca de una buena madre chapada a la antigua, estaba en una santa ignorancia de algunas cosas que, en realidad, no le hacía falta ninguna saberlas. Por eso el colorete le parecía un pecado; una mentira muy grande, un engaño fraudulento y a mayor abundamiento una porquería que ella no necesitaba emplear para nada en sus aterciopeladas mejillas de chica sana.

—¡Qué sacrilegio, mujer! — se echó a reír Petra Gálvez. — ¿Tú comprendes que Piedita iba a usar semejantes ardidés? No te alborotes, monina. Ya sabemos que tu color es tuyo.

—¡Si eres la frescura y la juventud personificadas, hija mía! — aseguró enfocándola el monóculo el vetusto Marqués.

—Es que Julián se habrá caldeado y le habrá largado un madrigal... y como es una inexperta... —se lanzó a reír Pilar Acuña.—No seas

tonta, Piedita, y no hagas caso de Julián, ni te creas una palabra de lo que te diga, ¿eh?, no vayas a levantarte de cascos...

—Dios me libre... — rezó toda turbada la muchachita.

—Porque le gustan las casadas un rato largo y perderías el tiempo, encanto.

Piedita había concluido de servir el té y se escabulló escandalizada. Como en el Coto no había ninguna muchacha con la cual poder alternar y las charlas desaprensivas de las casadas jóvenes le daban miedo, iba ya a reunirse con su madre y con su tía que, en una mesa aparte, platicaban con las dos ladies y el lord y una serie de señores respetables y panzudos, cuando Julián Queipo la llamó desde su sitio.

—¡Piedita ven!

Pilar Acuña clavó una mirada irónica y burlona y disparó esta flecha que Piedita, con rumbo ya hacia la mesa de Julián, no comprendió muy bien:

—¡Eres un inconsecuente Julián!

En la galería fumaban Perico Arrué, Gabrielito Laseras y Esteban Larramendia, tres muchachos muy "bien" y muy archisimpáticos. Un poco bruto era Perico, el marido de Pilar; pero en el fondo un infeliz completamente inofensivo.

—Oye, ven aquí, preciosidad. Siéntate conmigo — invitó Julián Queipo a la chiquilla. — Ahora mismito vas a comerte este pastel tan rico y riéte tú de toda esa chusma. ¿Qué te estaban diciendo de mí esas lagartonas?

Piedita, una vez que se vió sentada, pareció serenarse. Echó el azúcar en el café de Julián Queipo, que acababa de servirle un criado, y comenzó a hincar sus dienteillos en el pastillito con envidiable fruición.

—Hablan mal de todo el mundo las tres Julián. A tí no pueden verte...

—No te lo creas, monina; tal vez sea todo lo contrario y hablen mal de mí de tanto que me quieren.

—No te entiendo, Julián.

La preciosa chiquilla abría de par en par sus ojos, ventanas de un alma inocente, y miraba al mozo con una interrogación perpleja.

Libros Buenos y Malos

Son tantos de mis amigos los que me escriben, preguntándome sobre los libros prohibidos en el "Índice", y tantos los que pudieran creer que un libro, por el solo hecho de no estar en el "Índice", ya se puede leer, que creo de utilidad para todos, presentar, aunque sea esporádicamente, una especie de lista lo más posiblemente detallada de libros, que no pueden leerse. La materia es vastísima, pero poco a poco, en estas hojitas, aunque no sea con un orden estricto, iremos dando algunos títulos de esos.

Pero ante todo, creo conveniente dar algunas ligeras explicaciones sobre las leyes de la Iglesia prohibiendo los libros.

La Iglesia, en virtud de los poderes, que su Divino Fundador le concediera, tiene el derecho y el deber de perseguir el error y defender la moral cristiana contra cualquiera que atente contra la fe o las buenas costumbres, y aun señalar el peligro donde lo hubiere en contra de esa fe y de esa moral. Ese deber, lo cumple con las leyes que ha promulgado contra cierta clase de libros, y que no se expresan en el Código Canónico, o en el Libro llamado INDEX.

Hay ante todo, libros cuya lectura está prohibida bajo pena de excomunión reservada al Papa. (Can. 2328 - 1). Estos libros son los prohibidos expresamente por Letras Apostólicas; y el caso se verifica rara vez.

Son de la misma categoría, los libros escritos por herejes, apóstatas o cismáticos que

defienden su herejía, apostasía o cisma; por ejemplo; *La Institución Cristiana* de Calvino, *El Evangelio y la Iglesia de Loisy*, *Noches con los Romanistas*, etc.

Entre éstos pueden contarse, según opiniones autorizadas, los libros no escritos expresamente para defender la herejía, pero escritos en otra forma, aun novelesca o histórica, como la *Vida de Jesús* de Renan en la que positivamente, se predica la herejía y aun de un modo mucho más insinuante.

Es de advertir que en casos dudosos no se incurre en la Ex-comunión, lo cual no quiere decir, que no se cometa una falta grave, contra las leyes de la Iglesia o contra la ley natural como diré después.

Hay otros libros fuera de los anteriores que están simplemente catalogados en el Index, es decir, que han sido condenados por la S. Congregación del Índice, hoy por el Santo Oficio.

Estos decretos no implican la infabilidad de la Iglesia, pero en cuanto que han sido aprobados por el Soberano Pontífice, exigen estrictamente la obediencia de todos los fieles y tienen fuerza de ley en toda la Iglesia.

Son de varias clases.

Libros condenados globalmente: por ejemplo: *E. Zola: todas sus obras*; otros condenados parcialmente: por ejemplo: *A. Dumas: todas sus novelas (Omnes fabulae amatoriae)*; otros individualmente, por ejemplo: *A. Lamartine: Jocelyn, Viage a Oriente, Caída de un Angel.*

EL CHIC DE PARIS ACABA DE RECIBIR:

**Cordones, Flecos, Galones, Hilos dorados y plateados
Encajes y metidos en hilo y Filet verdadero para albas.
Cordones de seda en todos colores. Raso blanco y liso y labrado
en preciosa calidad. Batista de hilo. Mantillas de encaje,
blancas y negras.**

Sin embargo, las expresiones: *todas sus obras* (*opera omnia*) y *Todas sus novelas*, (*Omnes fabulae amatoriae*), exigen alguna explicación. Las contenidas en el *opera omnia*, si se tratan de cuestiones religiosas, todas están prohibidas; si no tratan de cuestiones religiosas, y por otra parte no están prohibidas nominalmente, pueden leerse, por ejemplo *Le Reve* de Zolá. En la rúbrica *omnes fabulae amatoriae* están contenidas sólo las novelas de amores impuros, relatos históricos, que no tienen nada de históricos, que son además obscenos. Por consiguiente, las obras de estos autores que no tienen esas condiciones, escapan al rigor de la ley y deben ser juzgadas conforme a la ley natural; por ejemplo, sus comedias y obras dramáticas, sus "*Impresiones*", "*Relatos de viajes*", etc., y lo mismo sus novelas de amor no impuro, por ejemplo: *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, o *Francisco de Champi*, o *El Pantano del diablo* de Jorge Sand, que son novelas campestres.

La Iglesia no ha podido condenar todos los libros condenables de una manera expresa, pero ha dado unas normas o leyes generales en virtud de las cuales quedan muchos condenados.

Estas leyes generales se contienen en el Canon 1399, que dice así:

"Están prohibidos por ley general:

1º—Las ediciones del texto original y de las antiguas traducciones católicas de la Sagrada Escritura, aun de la Iglesia Oriental, publicadas por cualquiera no-católico; y del mismo modo, las traducciones de la Escritura, en cualquier lengua, hechas o editadas por cualquiera no católico.

2º—Los libros de cualquier escritor que tome la defensa de la herejía o del cisma, o traten de alguna manera de socavar los fundamentos mismos de la religión.

3º—Los libros que ataquen expresamente la religión o las buenas costumbres.

4º—Los libros de cualquiera no católico,

que traten de manera notable la religión, a menos de que no se tenga la certeza de que no contienen nada contrario a la fe católica.

5º—Los libros de que habla en canon 1385 párrafo 1º, número 1 y el canon 1391, (es decir: libros de la Sagrada Escritura publicados sin censura, o traducciones sin aprobación de la Sede Apostólica o sin notas autorizadas por los Prelados); lo mismo entre las obras de que trata el Canon 1358, párrafo 1º, número 2, los libros que cuentan nuevas apariciones, visiones, profecías, nuevos milagros, o que introducen nuevas devociones, aun con el pretexto de ser privadas, si han sido editadas sin observar las prescripciones canónicas.

6º—Los libros que ataquen o ridiculicen alguno de los dogmas católicos, que sostengan los errores proscritos por la Santa Sede, que ataquen el culto divino, que traten de menoscabar la disciplina eclesiástica, y que expresamente injurien a la jerarquía eclesiástica, al estado eclesiástico o al estado religioso.

7º—Los libros que enseñen o recomienden cualquiera especie de superstición, sortilegios, adivinaciones, magia, evocación de espíritus y cosas de este estilo.

8º—Los libros que pretenden establecer la licitud del duelo, del suicidio o del divorcio, los que tratan de las sectas masónicas o de otras del mismo género, sosteniendo que son útiles y no perniciosas a Iglesia o la Sociedad Civil.

9º—Los libros que traten expresamente de cosas lascivas u obscenas, las relaten o las enseñen. (Esto exige alguna explicación de que hablaré en otra hoja).

10º—Las ediciones de libros litúrgicos aprobados por la Sede Apostólica, si en ellas se ha cambiado alguna cosa, de modo que ya no concuerden con las ediciones auténticas aprobadas por la Santa Sede.

11º—Los libros que divulguen indulgencias apócrifas o proscritas por la Santa Sede o ya revocadas por ella.

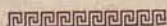
12º—Las imágenes reproducidas de cual-

quier modo, de nuestro Señor Jesucristo, de la B. Virgen María, de los ángeles y de los Santos, o de otros servidores de Dios, que se apartaran del espíritu, y de los decretos de la Iglesia”.

Tal es el Canon; exige ciertamente algunas explicaciones que procuraré dar más ade-

lante. Pero desde luego es de advertir que estas leyes no son un simple consejo, ni una especie de dirección sino que se trata de un *precepto grave* que obliga en conciencia a todos los fieles cristianos.

Joaquín Cardoso, S. J.



Una Luz en las Tinieblas

Por Pierre L'Ermite.

Cuando apartándose del grupo de personas que esperaba a mi puerta, la religiosa entró en mi oficina, tuve la impresión de que se acercaba una Virgen de Murillo, que se hubiera desprendido de su cuadro... una virgencita, menuda y triste, de ojos negros, aun inquietos.

Sentada miedosamente en el sillón que le había ofrecido, explicaba como podía, el objeto de su petición, y apoyaba su causa refiriéndonos un poco de lo que había sufrido, allá en el infierno español.

Un poco... Porque había evidentemente cosas que deseaba pasar en silencio. Cuando las tocaba superficialmente, todo su ser era sacudido por un tic nervioso que no lograba dominar.

—Aunque viviera cien años, señor Cura, durante cien años estaré viendo siempre lo que he visto allá.

—Pero usted, hermana, ¿cómo logró escapar?

—¡Por milagro!...

—Bueno... ¡si pudiera usted contarme ese milagro!

—Pues sí... Los rojos habían fusilado a cincuenta de mis hermanas... las más ancianas... Se llevaron a las otras... No sé dónde... Ni sé tampoco lo que les ha sucedido... Yo me quedé sola, temblando delante de aquellos lobos, preguntándome con espanto lo que irían a hacer conmigo...

Entraban... salían... me miraban a la cara burlándose de mí. Todos llevaban un revólver o un fusil; y yo seguía todos sus movimientos, pensando que mi hora había llegado y que me iban a asesinar.

Aquí la hermanita, se detuvo sacudida por el tic nervioso...

—De repente, continuó, una especie de oficial con una estrella en su kepi, abrió la puerta, y dió, en ruso probablemente, una orden que no entendí.

Los otros me tradujeron.

—Que tome usted su saco... la van a llevar a la frontera.

—Tomé mi maletín... éste precisamente... y más muerta que viva, bajé los escalones de madera, ante los que me esperaba un camión con claraboya, como esos que se emplean para llevar a los animales al rastro...

Eran las cinco de la tarde, caía la noche. Mis dientes castañeteaban de terror... Hombres, mujeres, pasaban sucios, burlones... Se reían de mí, al verme así sola, temblorosa en aquella camioneta que no partía... Hubo alguien que me apuntó con su fusil...

Interrumpí a la hermanita.

—¿Estaba usted con su hábito religioso, hermana?

—No... pero a nosotros se nos reconoce tan fácilmente!

Por fin un miliciano llegó, me miró detenidamente por largo rato. Me dió miedo su mirada. Después montó sobre el camión, tomó el volante y partió bruscamente.

—¿A dónde me llevan?... ¿Y por qué?...

Es inútil decir a usted, señor Cura, si yo encomendaba mi alma a Dios!... No hacía otra cosa que repetir el acto de contrición, uno tras otro...

Al principio creí que buscaba su camino, o que se cercioraba si yo iba en el camión... Pero al fin comprendí que se sentía vigilado, que estaba inquieto, preocupado.

Y he aquí que bruscamente se salió de la carretera y entró por un senderito, tan estrecho, que las ramas de los árboles se rompían contra las paredes de la camioneta.

Ya en el sendero apagó los faros, saltó a tierra, abrió la puerta de la camioneta.

—Baje usted, me dijo.

Creí volverme loca... Iba a gritar...

—Cállese usted... Decididamente es usted muy joven para llevarla así al matadero...

Baje pronto... pronto... Siga usted por este sendero, derechito, eh!... Llegue hasta la frontera. Y ante todo, llegue usted allá antes que nazca el día... ¿Sabe usted? Estoy jugando mi cabeza en este juego... Pero no importa!

—Ah... yo rogaré por usted.

—Y no hará mal en eso...

El conductor entonces subió al coche y empezó a caminar hacia atrás, para encontrar la carretera... Yo vi por algún tiempo la luz de su faro encendido de nuevo... Luego, nada.

La religiosa se detuvo todavía con la garganta seca, estremeciéndose en todo su ser.

—Cuando me ví allí, sola, en plena noche, en aquella senda... en aquel bosque... entre aquellas rocas... No sabía qué hacer... Ni dónde estaba... Y tuve una terrible crisis de desesperación. Luego invoqué a Dios, a la Virgen y al ángel de mi guarda... Sentí que me protegían... y comencé a caminar... mis ojos se habituaron a la oscuridad: Pero al menor ruido, mi corazón saltaba en mi pecho... Hubo un momento en que oí ruido de pasos que se acercaban... Me arrojé enseguida en una fosa y procuré no moverme.

Pasaron algunos hombres en fila, con gruesos paquetes en la espalda... Debían ser contrabandistas... Llevaban con ellos un perro

enorme que se puso a rondar en torno mío gruñendo amenazadoramente. ¡Qué miedo de aquel perrazo! Pero sus amos no se fijaron en sus gruñidos.

Por fin apareció el día... un día tan triste. La lluvia menuda comenzaba a caer.

¿Dónde estaba yo? ¿En España? ¿En Francia?... Avanzaba con precaución, encorvada, ocultándome, cuando vi a una vieja que conducía algunas cabras. Dudé mucho... ¿Si sería una *Pasionaria*?... Pero me pareció que tenía buena cara. Y arriesgué el todo por el todo para preguntarle dónde estaba ya.

En Francia, me respondió.

Oh ¡qué dulzura la de este nombre! Sonó en mis oídos como una liberación... como el fin de una pesadilla... Caí de rodillas y con la cabeza entre las manos lloré como una chiquilla.

—¡Salvada!, estaba salvada!...

Aquella mujer tuvo piedad de mí... Me dió un poco de leche y unos veinte céntimos que tenía. Después me condujo a otra senda más segura, y me puso su chal rojo en la cabeza.

—Con esto tendréis menos aspecto de Hermana, por si acaso encontraráis a algunos milicianos, lo que sería posible todavía...

La religiosa había acabado.

Pero su relato había sido muy penoso, entrecortado por los sollozos que venían desde la profundidad de su recuerdo.

—¡Ah, señor Cura, que Dios preserve para siempre a Francia de cosas tan infernales!

—¡La preservará!...

Y al partir me dijo esforzándose por sonreír:

—Voy a ir a Ntra. Sra. de las Victorias a poner un cirio por el conductor desconocido al que debo la vida...

—Y más aún todavía tal vez... me dije, mirando aquel rostro de virgencita, menudito y triste, de ojos negros, inquietos para siempre...

Para las Madres Cristianas

EL ALMA DEL NIÑO

En el niño que acaba de nacer, la razón y la libertad no existen sino en el estado de germen y no pueden manifestarse por actos. Pero el alma inmortal está allí, animando el cuerpo del recién nacido, apta para los más altos conocimientos y los actos más bellos.

Es necesario dejar al tiempo ensanchar las facultades intelectuales y morales; y este derperitar es lento... Como la encina está en la bellota, del mismo modo todas las facultades humanas están, desde el nacimiento, en el alma del niño. La educación las desarrollará o atrofiará, según que sea bien o mal comprendida. No es suficiente, en efecto, que el grano caiga en un suelo favorable para que se transforme en una hermosa planta; necesita, además, calor, humedad y luz. Será la educación bien comprendida la que pondrá a vuestro hijo en condiciones favorables para su feliz desarrollo.

EL BAUTISMO

Si los padres cristianos tienen prisa y procuran a sus hijos esta gracia inicial del bautismo, cuánta será vuestra diligencia, Hijas de María, Casadas, para responder al deseo formal de la Iglesia? No seréis vosotras de esas madres, por desgracia tan numerosas, que no comprenden la grandeza y la necesidad del sacramento del bautismo y que no ven en esa ceremonia más que el motivo y la ocasión de

una fiesta de familia o la selección de un padrino o una madrina suficientemente ricos para asegurar el porvenir temporal de su hijo.

Recordad que el bautismo debe de ser administrado lo *más pronto posible*, y que hay falta grave en retardarlo, porque si la muerte sobreviene—el cuerpo del recién nacido es tan frágil—el alma inmortal de vuestros hijos serían privadas de la vista de Dios en el cielo, durante toda la eternidad. Cuántos remordimientos, cuánta responsabilidad para vosotras, sus madres! Ocho días es más que suficiente, en espera de la Divina Gracia!

EL NOMBRE DEL NIÑO

Se les da a los bautizados el nombre de algún santo para ponerles bajo su protección. Se puede añadir uno o dos nombres de los seres particularmente queridos de la familia. Vosotras, Hijas de María, Casadas, añadid el de vuestra Inmaculada Madre. Rehusad en todo caso, darles nombres fantásticos que nada significan y que no figuran en el calendario de la Santa Iglesia.

EL PADRINO Y LA MADRINA

Son las personas que tendrán al niño sobre la fuente bautismal, y que responderán por ellos a las promesas sagradas, siendo responsables delante de Dios de su educación cristiana, particularmente si los padres lle-

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
 " de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
 " de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
 ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
 ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Cabidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

gan a faltar. No se debe escoger para padrino o madrina más que a **CATOLICOS DE BUENAS COSTUMBRES Y QUE OBEDECEN A LAS LEYES DE LA IGLESIA.** — (Catecismo Romano).

CONSAGRACION A LA SANTISIMA VIRGEN

Los padres profundamente cristianos—este es vuestro caso—consagran a sus hijos a la santísima Virgen inmediatamente después del bautismo, haciéndoles imponer la Medalla Milagrosa.

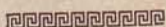
¡Cuánta seguridad para una madre, al poner entre las manos de la Madre bendita entre todas las madres, a su pequeñuelo! Haced todo lo posible porque esta ceremonia coincide con la de el bautismo, porque si se difiere, hay el temor de que más tarde ya no se hagan o si se hace sea indiferente. Sugerir a las personas que quieren ser agradables en esta ocasión cuánto os gustaría que le ofrecieran a vuestro hijito una medalla: es un bonito recuerdo muy indicado para la madrina o el padrino.

BAUTISMO DE URGENCIA

En caso de necesidad, el catecismo nos enseña *que toda persona puede y debe bautizar.* Notemos, sin embargo, que cuando en una familia cristiana haya un niño en peligro de muerte se debe de bautizar inmediatamente, pero que es una imprudencia hacerlo a la menor señal de enfermedad, sin que haya peligro de vida. Si un médico o una enfermera ha bautizado a un niño, es necesario avisar al sacerdote cuando el niño, haya recobrado la salud.

DESPUES DEL BAUTISMO

Es un cristiano el que llega a vuestra casa, vuestra criatura ya es un hijo de Dios. Tiene a Dios por padre, a Jesús por hermano y a María por madre. La Iglesia lo ha hecho uno de sus miembros y os lo da, madres cristianas, dejándoos el cuidado de educarlo. Es vuestro deber y vuestro *derecho.* Ninguno puede sustituirlos en esta tarea mientras vosotros estéis.



Lista de laureados con el "Premio Nobel" de Física y Química hasta 1922

El Premio Nobel de Física fué concedido: En 1901: a M. W. C. Rontgen, profesor de la Universidad de Munich, por el descubrimiento de los rayos que llevan su nombre.

En 1902: por mitad a M. H. A. Lorentz, profesor de la Universidad de Feyde, y a M. P. Zeeman, profesor de la Universidad de Amsterdam, por sus investigaciones sobre la influencia del magnetismo sobre los fenómenos de las radiaciones.

En 1903: por mitad a M. H. Becquerel, profesor de la Escuela Politécnica de París, por el descubrimiento de la radio-actividad espontánea y a M. P. Curie, profesor de la Escuela Municipal de Física y Química Industrial, y Mme. Marie Curie de París por los trabajos ejecutados en común obser-

vando los fenómenos de radiación descubiertos por M. H. A. Becquerel.

En 1904: a Lord Rayleigh, Londres, por sus investigaciones sobre la densidad de los principales gases y por su descubrimiento del Argón, encontrado por dichas investigaciones.

En 1905: a M. Ph. Lenard, profesor de la Universidad de Kiel, por su investigaciones sobre los rayos catódicos.

En 1906: a M. J. J. Thomson, profesor de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, por sus investigaciones teóricas y prácticas sobre el paso de la electricidad a través de los gases.

En 1907: a M. A. A. Michelson, profesor de la Universidad de Chicago, Ill, por los instrumentos ópticos de presión que in-

ventó y también por las investigaciones espectroscópicas y metrológicas hechas con ayuda de esos instrumentos.

En 1908: a M. G. Lippmann, profesor de la Universidad de París, por su método de reproducir fotográficamente los colores, basado en los fenómenos de interferencias.

En 1909: por mitad a M. G. Marconi, ingeniero, Londres, y M. F. Braun, profesor de la Universidad de Strasbourg, por sus méritos en el dominio de la telegrafía sin hilos.

En 1910: a M. J. D. van der Waals antiguo profesor de la Universidad Amsterdam, por sus trabajos sobre la ecuación del estado de los gases y líquidos.

En 1911: a M. W. Wien, profesor de la Universidad de Wurzburg, por sus descubrimientos concernientes a las leyes de irradiación del calor.

En 1912: A. M. G. Dalén, ingeniero, por su descubrimiento de reguladores automáticos combinados con acumuladores a gas, que sirve para el alumbrado de faros y bujías luminosas.

En 1913: M. H. Kamerlingh Onnes, profesor de la Universidad de Leyde, por sus investigaciones sobre las propiedades de los cuerpos a baja temperatura, que le condujeron, entre estos resultados, a la producción de helio líquido.

En 1914: a M. M. von Laue, profesor de la Universidad de Francfort sur-Mein, por su descubrimiento de la difracción de los rayos Rontgen en los cristales.

En 1915: por mitad a M. W. H. Bragg, profesor de la Universidad de Londres, y a M. W. L. Bragg, Cambridge, (Inglaterra), por los méritos de sus estudios sobre la estructura cristalina por medio de los rayos Rontgen.

En 1916 no fué distribuido el premio.

En 1917: Fué concedido a M. Ch. G. Barkla, profesor de la Universidad de Edimburgo, por su descubrimiento sobre las irradiaciones de los Rontgen sobre los elementos químicos.

El premio en 1918: fué concedido en 1919 a M. M. Planck, profesor de la Universidad de Berlín, por sus méritos en el desenvolvimiento de la física en conexión de su descubrimiento de los "cuanta".

El premio de 1919: a M. J. Stark, de la Universidad de Greifswald, por su descubrimiento del efecto Doppler de los rayos canales y de la descomposición de las rayas espectrales en el campo eléctrico.

En 1920: a M. Ch. Guillaume, director del bureau internacional de pesas y medidas de Sevres, por los méritos de sus descubrimientos de anomalías de la aleación de acero y níquel con la exactitud de las medidas físicas.

El premio de 1921: fué concedida en 1922 a M. A. Einstein; Profesor de la Universidad de Berlín, por los progresos que ha hecho hacer a la física teórica, en especial por el descubrimiento de la ley del efecto fotoeléctrico.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

En la TIENDA de
CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Encontrará Usted las mejores

COBIJAS

!!Prepárese para el frío!!

ENSAYOS LITERARIOS

Fe...

Creer que todo en nuestro espíritu revive. Que las tristezas que nos dió el pasado, las amarguras que nos dió a saborear la inexperiencia, o la maldad de los hombres, se han quedado lejos.

Es como si a través de una lámpara mágica contemplásemos la realidad de un alegre amanecer. Los rayos del sol dejando a-

trás la bruma en la montaña. Y, sobre esa raya que confunde la tierra con el cielo, el iris de la paz haciendo gala sobre el gigante corazón del mundo.

Revive nuestro espíritu. Es un rayo de luz que hierde la tiniebla, esperando el Amor de lo Infinito. Eso se llama FE.

Tula Montalbán Z.

Caridad

Jesús, el Buen Pastor! Ved como lleva en sus brazos la oveja descarriada. De entre las malezas y zarzales, la ha librado del peligro y del daño. Jesús tiene las plantas de sus pies, manando sangre. Pequeñas gotitas, como rubíes congelados, orlan sus sandalias. Pero su cara irradiaba la alegría de quien todo lo da y nada recibe. Extiende su manto púrpura sobre la carne débil y al sentir el contacto de su belleza dulce, a-

quella alma librada, brota en forma de la más pura rosa.

La alegre floración de la campiña, las melodías suaves al correr lento de las aguas del río, los dulces acordes del viento que llenan el ambiente, no tienen ese sortilegio de perlas que da la CARIDAD.

Tula Montalbán'Z.

Esperanza

Un año ha terminado. Otro comienza. Es como si una luz se apagara en el ayer, después de haber iluminado por el mundo, cuadros de alegría y de tristeza.

Es un nuevo día que alumbrará nuevos sueños, ilusiones que anhelamos realizar.

Ese año que pasó se ha llevado hacia lo desconocido, nuestros sueños de gloria, la ansiedad de un mundo mejor, los dolores de los que han sentido desgarradas sus carnes y heridas sus almas.

Dolores y alegrías: el compendio de un año que termina.

Y el nuevo año que llega, cubierto de misterio, es un peldaño más de lucha en donde venceremos al elevar al Cielo nuestro espíritu. Tal vez en este nuevo año, nuestras quimeras se tornen realidades. Y, al alcanzar esas realidades que soñamos, las encontraremos menos hermosas de lo que imaginábamos y forjemos otras nuevas. Las

más, se perderán en la eternidad del tiempo y al anunciar la aurora de un nuevo año, nos encontraremos acariciando los suaves bucles de esa hada hermosa que eleva nuestras almas hacia regiones sublimes, dignas de vivir en ellas, que se llama "LA ESPERANZA".

Tula Montalbán Z.

Salazar y Alvarado

En la BOTICA LA VIOLETA

encontrará el famoso LOMBRICIDA, las OBLEAS ANTIGRIPALES, infalibles para los resfriados e influencias y la famosa CREMA VIOLETA, inmejorable para el cutis.

TELEFONO 2791

Necrológicas

MONSEÑOR LEIPOLD

La ciudad de Cañas está de duelo, su bondadoso prelado se fué para siempre... cuarenta años de labor espiritual y ahora desde el cielo velará por sus queridos hijos que dejó huérfanos pero que continuará pidiendo a Dios por ellos.

Monseñor Leipold tenía un corazón de niño, siempre tan bondadoso, tan amable, su corazón rebosaba de virtud, dichoso él que supo cumplir fielmente con la elevada misión que Dios le confiara. Ahora, en el cielo, descansa en Paz el muy querido Monseñor Leipold y Dios todo justicia y amor habrá recompensado todos los desvelos, todos los sacrificios, todos los sufrimientos que en virtud de su elevado ministerio le hizo y soportó Monseñor. Y nosotros que lo quisimos como un verdadero padre, rogamos por él y suplicamos que le envíen oraciones para el eterno descanso de su alma.

Sara C. Vda. de Quirós

DOÑA PETRA NARANJO DE PERERA

Profundamente sentido ha sido por sus numerosas amistades el fallecimiento de la virtuosa matrona doña Petra Naranjo de Perera. De nacionalidad española, vivió largos años dentro nuestro medio social y se hizo querer por la bondad de su gran corazón, para ella no pasaba indiferente el pobre necesitado, sabía socorrerlo con dulzura. Fué muy cariñosa madre y abuela insustituible.

Deja un vacío enorme en su hogar y en el de don Santiago Crespo y doña Matilde de Crespo, pasarán muchos años y el recuerdo de la abuelita entristecerá a la bondadosa familia para quienes deseamos mucha resignación en tan dura prueba.

Enviamos nuestro más sentido pésame a su apreciable esposo don Isidro Perera e hijos, a don Santiago Crespo y a doña Matilde de Crespo e hijos, a sus hermanos y demás familia do-

liente. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso de doña Petra.

DOÑA BRIGIDA GARCIA DE LEPIZ

Profundamente sentida en la ciudad de Heredia ha sido la muerte de la virtuosa señora doña Brígida García Vda. de Lépez. Descansó en la paz del Señor confortada con los Santos Sacramentos. Su caridad y su piedad la hicieron acreedora al cariño de todos cuantos la conocieron. Enviamos nuestro más sentido pésame a todos sus familiares y muy especialmente a su bondadosa hija doña Lola Lépez Vda. de Molina. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Lola.

MARTA ROLDAN DE RODRIGUEZ

Profundamente sentida en Cartago, por sus numerosas amistades y familiares ha sido la muerte de la bondadosa señora doña Marta Roldán de Rodríguez, muy querida por su gran corazón. Profundamente piadosa como todas sus apreciables hermanas y hermanos; sus padres formaron un hogar modelo de virtud y de piedad que heredaron todos sus hijos, a quienes enviamos nuestro más sentido pésame y muy especialmente a nuestra querida amiga la señorita Zoila Roldán. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Marta.

DON GONZALO COTO ROJAS

Muy sentida ha sido por las numerosas amistades de la muy apreciable familia Coto Rojas, la muerte del apreciable caballero don Gonzalo Coto Rojas. Enviamos nuestro más sentido pésame a sus hermanos y demás miembros de la familia doliente y muy especialmente a don Jesús Alfaro y a su muy distinguida señora esposa.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Gonzalo.

La Fiebre ayuda a curar la Enfermedad

“De veras que es grande la ciencia. Después de haber venido estudiando, por sólo 4000 años, la fiebre, los hombres científicos han averiguado que los ayuda a curar las enfermedades”. Cito lo que leí en la sección “¿No es la verdad?” de un diario.

Desgraciadamente debe admitirse que la humanidad ha sido tarda en reconocer el valor del calor en el organismo. El alza de la temperatura es señal de que alguna cosa ha sucedido en el interior de ese cuerpo suyo, pero es también señal o recordativo de que los procesos que se evolucionan en su cuerpo se han acelerado tanto que han producido excesivo calor en sus esfuerzos para ejecutarse a pesar de las necesidades extras del cuerpo cuando trata de rechazar cualquier enfermedad que a Ud. lo ataca.

Cuando hay bastante calor en el cuerpo los vasos sanguíneos están bien ensanchados y por tanto pueden llevar sangre fresca

a la parte o partes del cuerpo que han sido atacadas y llevarse los productos residuos. Tanto tiempo cuanto este aumento en la circulación la puede mantener su bomba central, el corazón, hay toda probabilidad de que Ud. vence los organismos o sus toxinas que le están causando indisposición.

En realidad Ud. habrá estado leyendo casos en que pacientes en nuestros hospitales de dementes padecen la forma paralítica de demencia, en cuya sangre han inyectado organismos de malaria para inocularles la malaria. Como Ud. debe saber, la malaria produce fiebre y calofríos, y que después de que se ha curado con quinina el ataque de malaria o paludismo, muchos de esos pacientes mejoran de su demencia y pueden volver a sus casas y reasumir sus ocupaciones.

La aplicación de calor por algún medio a todas las variedades de reumatismo ha sido una gran ayuda en la restauración de las



MADRES felices y bebés sanos

Eminentes médicos y sacerdotes han recomendado con sinceridad encomiable, el sabroso

EXTRACTO de MALTA GAMBRINUS

para las madres, en el embarazo y durante la lactancia, este EXTRAC-

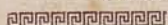
TO de MALTA es una bendición. Su sabor es sumamente agradable y además de sus propiedades estimulantes, es un magnífico regulador del SISTEMA DIGESTIVO.

PIDALO EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS

coyunturas. Ha hecho posible que los reumáticos vivan libres de dolor y de males-tar.

El calor es el primer medio a que se recurre para hacer volver en sí a las personas que sufren colapso a consecuencia del hambre o inconscientes a consecuencia del ahogamiento en el agua. El calor es más importante que la alimentación porque tarda ésta en producirlo.

Por tanto, no se congoje Ud. cuando le suba un poco la temperatura o a otro enfermo en su casa. Es indudable que unos grados de fiebre son síntomas de alguna enfermedad y lo más prudente es llamar a un médico, pero si Ud. misma lo ha averiguado por medio del termómetro o el doctor le dice que ha subido su temperatura, Ud. debe recordar que las defensas de su cuerpo ya están ayudándole a combatir la enfermedad.



SECCION DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari, Profesora de Cocina graduada en Bruselas

Pollo en salsa de polvo de pan tostado.—Se prepara un pollo la víspera y se deja adobado; al día siguiente se parte en pedazos y se fríe en manteca bien caliente, a medio freírse se le agrega cebolla y chile dulce cortado en tiritas, laurel y tomillo, sal y pimienta, cuando está la cebolla bien frita se le agrega 4 tomates pelados y sin semillas y con su jugo, una copa grande de vino blanco y un cucharón de caldo, se tapa y se deja hervir un rato, se prueba para saber si tiene buen gusto, cuando el pollo está bien suave se le agrega una cucharada de polvo de pan tostado y molido, si la salsa queda muy espesa se le agrega un poco de caldo.

Pescado asado.—Se coge un pargo colorado de regular tamaño, se lava y se escama muy bien y se condimenta con sal y pimienta, se le unta por encima mantequilla y jugo de limón; se pone en la parrilla de asar, se cierra bien y se coloca sobre brazas y se le da vueltas para que se dore de ambos lados, cuando está bien dorado se coloca en un plátón caliente untado con bastante mantequilla y por encima se le frota con bastante mantequilla y se espolvorea con perejil finamente picado y se sirve.

Chiles rellenos.—Se escogen chiles grandes bien maduros, se les unta manteca y se meten al horno para zuazarlos, se pelan procurando no romperlos, se abren por un lado y con mucho cuidado se les sacan las

semillas; se mezcla queso rallado con un poquito de leche, y se rellenan con esto los chiles y se colocan en un pirex untado de manteca o mantequilla. A cada chile se le pone por encima una pelotita de mantequilla, se espolvorean con queso rallado y por último con polvo de pan, se meten al horno caliente hasta que se dore el polvo de pan.

Queque arrollado.—(Receta fácil de hacer y barato). De antemano se prepara una crema de leche, huevos, azúcar y maicena para rellenar el queque, y también se puede rellenar con merengue o lustre de claras o con jalea de moras. Seis cucharadas de harina, una cucharadita de royal, un cuarto de cucharadita de sal, 3 cuartos de taza de azúcar en polvo, cuatro claras bien batidas, cuatro yemas bien batidas, una cucharadita de vainilla; se cirne la harina con el royal y la sal tres veces, se baten las claras a punto de nieve, se le agrega el azúcar y batiendo siempre, se le agregan las yemas batidas y la vainilla, y se bate otro rato, por último se agrega la harina mezclando despacio, se forra una cazoleja en papel de envolver engrasado con manteca y se echa la pasta y se empareja bien y se mete al horno caliente hasta que esté asado (debe asarse muy ligero) cuando está asado se vuelca en una servilleta mojada y bien torcida, se le quita muy ligero el papel y se arrolla muy ligero, se deja envuelto en la servilleta hasta que se enfríe; por encima se cubre con lustre blanco o con lo que se quiera.

ALMACEN
ROMULO ARTAVIA

Depósito de todos los productos del país. Arroz, café y azúcar de todas clases. Ajos extranjeros de primera clase.

Teléfono 3058.

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER
Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

Agustín Castro & Cía.
Jabonería PALMERA